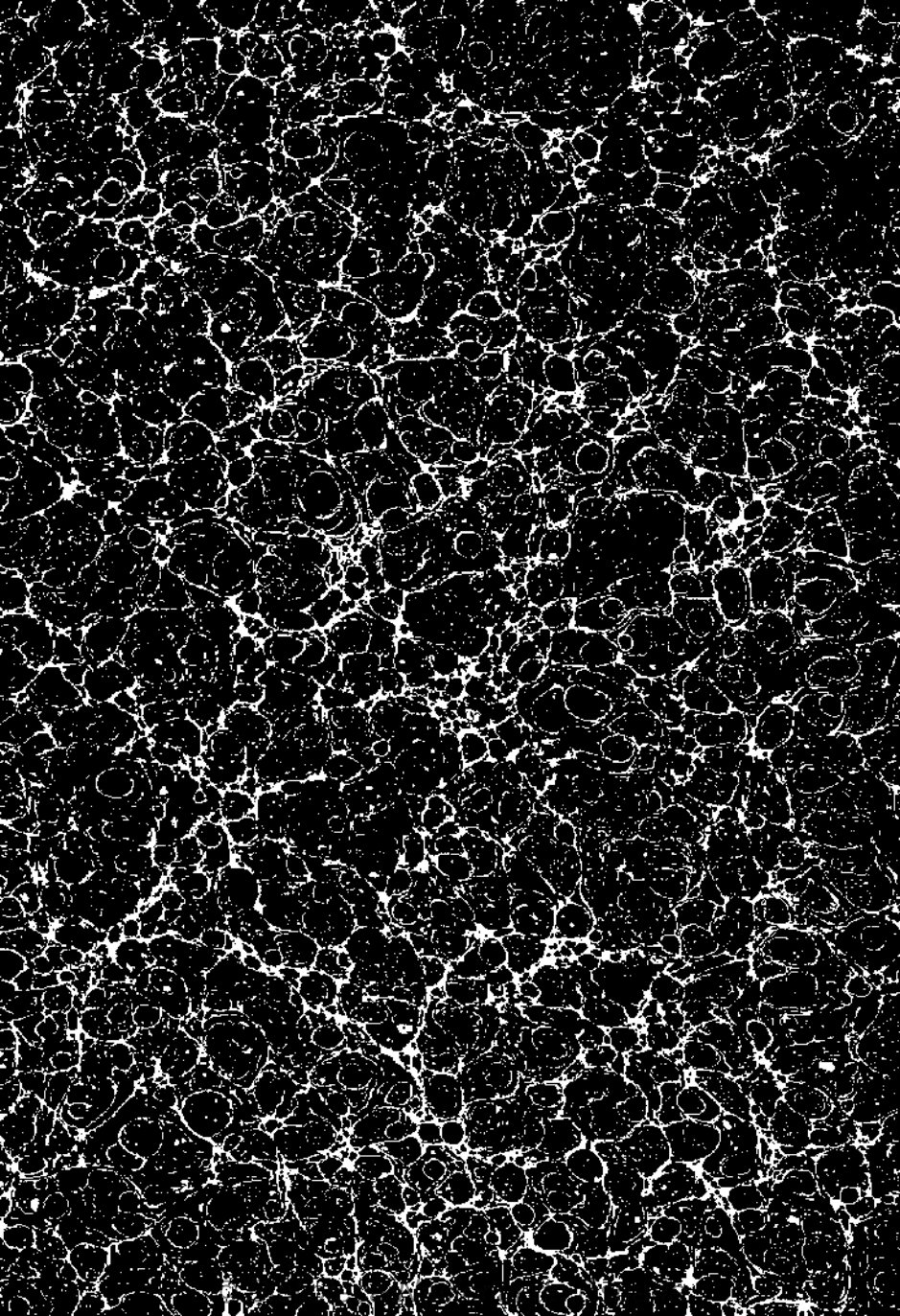


PADETO
LAS DOS
FLORES

1859

H. a.

1359



LAS DOS FLORES.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE LA ORITA.

D.^a Isabel A. Prieto.



MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1861.

LAS DOS FLORES.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE LA BRITA.

D.^A ISABEL A. PRIETO,



MEXICO.

IMPRESA DE IGNACIO CUMPLIDO,

Calle de los Rebeldes núm. 2.

1861.

Al Sr. D. Sotero Prieto.

MUY AMADO PADRE MIO.

Hoy, papá, con la mas pura
Y dulce satisfaccion,
Mi primera produccion,
Te dedica mi ternura.

Si, cual yo lo deseara,
En todo perfecta fuera,
Con mas placer la ofreciera
Y á tu amor la dedicara;
Mas, tal cual es, al mirar
Sus defectos, piensa en mí,
Y te olvidarás así
De los que puedas hallar;
Que nunca tu corazon
Pudiera encontrarla mal,
Siendo de mi amor filial
Tierna manifestacion.

Si la mas dulce manera
No ha encontrado la voz mia,
Ni en prosa ni en poesia,
Con que ofrecerla pudiera,

No lo debes extrañar,
Sino pensar indulgente,
Que hay cosas que el alma siente
Y no las puede expresar;
Que no le es dado decir,
A veces, al torpe acento
Lo que sabe el pensamiento,
Atrevido, concebir.

De mi cariño profundo
Mal la expresion te diria
Que eres, con la madre mia,
Lo que mas amo en el mundo;
Que en vosotros su ventura
Tierno ha cifrado mi pecho,
Y es el corazon estrecho
A contener su ternura;
Que sé bien que es vuestro amor,
Que nunca cambia ni olvida,
El mayor bien de la vida,
La felicidad mayor;

Y que no hay dicha tan pura
Que compensára, en la tierra,
La dicha santa que encierra
Vuestra inmutable ternura.
¿Mas dónde tan dulce acento
El corazon encontrára
Que cariñoso expresára,
Padre mio, lo que siento?
Y si no lo he de expresar
Tal como lo sé sentir,

Si bien no lo he de decir,
Es preferible callar:
Pues, viendo que no sabré
Expresar mi sentimiento,
Al hacer mi ofrecimiento
Solamente te diré:

Piensa que hoy ha dedicado
Mi afectuoso corazón
Mi primera producción
A mi padre bien amado;
Y si en ella no resalta
Gracia, ó ingénio, al exceso,
Con ella te ofrezco un beso
Que supla lo que le falta.

Escoba, Octubre 10 de 1860.

Isabel.

PERSONAGES.

ACTORES.

JULIA.

MAGDALENA.

CARLOS.

GONZALO.

ANDRÉS.

PABLO.

D. PASCUAL.

D.^a TOMASA.

ROSA.

La escena pasa en México, en casa de Gonzalo, año de 1860.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada lujosamente; puerta en el fondo; á la izquierda una ventana; á la derecha, en primer término, un piano abierto, con música; en segundo, una puerta que conduce al interior; en medio una mesa redonda, con un jarren de flores; cuadros, espejos, etc. Crepúsculo de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, aparecen JULIA y MAGDALENA sentadas cerca de la ventana, trabajando en alguna labor; CARLOS en pie, junto a la mesa, leyendo unos versos.

Carlos.—[*Leyendo*] ¡Amar! dulce palabra, deliciosa,
Que el jóven corazon llena y embriaga!
¡Amar! bella ilusion color de rosa,
Que el alma tierna é inocente halaga!
De los sueños divinos de la tierra,
Sueño del corazon, el mas querido;
Celeste acento que en su seno encierra
Una dicha que nadie ha comprendido.
El corazon que, á la existencia entrando,
Sueña, do quier, felicidad y amores,
Esa palabra mágica escuchando,
Juzga el mundo un Eden de luz y flores;

En el candor de su infantil pureza,
Desafiando, atrevido, el sufrimiento,
Le basta á ser feliz con la grandeza
De un inmenso, profundo sentimiento;
Embriagado de dicha y de ternura,
Sintiendo, con placer, que vive y ama,
Piensa que no hay angustia, ni tortura,
Que pudiera apagar su viva llama.

Julia.— Y esa confianza completa
De un alma tierna y ardiente,
¿La sentís, Carlos, realmente,
O es. . . el canto del poeta?

Mag.— ¡Julia!

Julia.— Toda esa ternura
Que pintan con tal ardor,
Muchas veces, mas que amor,
Me parece calentura. . .
Pero proseguid. . .

Carlos.— No sé
Si me atreva, á la verdad. . .

Julia.— ¿Por qué?

Carlos.— No teneis piedad. . .

Julia.— Ya callo.

Carlos.— Proseguiré.

[lee] Y es todo una ilusion! Llegan momentos
En que del corazon lleno de vida,
De esperanza y de fé, los sentimientos
Se escapan con la sangre de su herida. . .
Victima de una duda cruel, sombría,
Por desengaños mil despedazado,

Queda del corazon, que antes sentia,
Un esqueleto seco y descarnado. . . .

En desolada calma que nos hiela,
En un letargo estúpido sumido,
Momentos hay en que un dolor se anhela
Que arranque á ese cadáver un latido. . .

Mag.— En la quejosa expresion
De ese amargo sentimiento,
Hay un doloroso acento
Que penetra el corazon. . . .

Es preciso que sufraís
Hondamente. . . .

Julia.— Magdalena
Toma á lo sério la pena
Que con tal fuego pintais. . . .

Mag.— Pero me parece á mi
Que para expresar. . . .

Julia.— ¡Qué fuera
Del poeta que sintiera
Todo lo que expresa así!
Esos místicos corazones
Que lloran, desesperados,
Sobre los restos helados
De sus muertas ilusiones,
Decid, Carlos, ¿no es verdad
Que, por su dicha, no son
Tan dignos de compasion
Cual parecen?

Carlos.— ¡Qué crueldad!
Ya que de mi padecer

En dudar os obstinais,
¿Por qué, al menos, no dejais
A Magdalena crecer?

Julia.— Pues no me parece, á fé,
Que mi severa opinion
Le haya hecho gran impresion.
¿No es cierto, prima?

Mag.— Yo sé
Que ese acento de verdad. . .

Julia.— ¿Te hizo temblar y sufrir?

Mag.— Pero deja proseguir
A Carlos.

Julia.— Sí, continuad. . .

Car.—[*leyendo*] ¿Y esto es vivir? ¿es esta la existencia
Que nos hizo entrever, pura y hermosa,
El divino fulgor de una creencia,
El anhelo de una alma cariñosa?
¿Esto es vivir? ¿El hondo sentimiento,
Luz, encanto, esperanza de la vida,
Es el sueño engañoso de un momento,
Una ilusion tan bella cual mentida?

Al morir la pasion, inmensa y pura,
Que juzga eterna el alma á quien abrasa,
Cuando, cual la ilusion, cual la ventura,
Cual todo aquí, se desvanece y pasa,
Nada le queda al corazon herido
Que por ella vivir no mas quisiera;
Y, en monton de cenizas convertido,
Ni de un mundo mejor la dicha espera. . .

Julia.— ¿Lloras, Magdalena?

Mag.— ¡Yo! . . .

Julia.— No scas niña, que ese muerto

Corazon, no está, por cierto,

Tan muerto cual lo pintó . . .

Carlos.—Magdalena . . . (Sí, ella llora,

Y Julia . . . no sé qué siento!)

Julia.— Venid, Carlos, un momento,

A consolármela ahora . . .

Carlos.—Magdalena, no lloreis; [*acercándose á Mag.*]

No hay tan puro corazon

Que merezca esa emocion,

Ese llanto que verteis:

No os afija ese gemido

Que arranca crudo tormento;

No lloreis de sentimiento,

Vos, que nunca habeis sufrido.

Julia.— ¡Buen modo de consolar!

Yo te diré, Magdalena,

Que toda esa amarga pena,

No le impedirá bailar.

Carlos.—¡Y bien! sí, teneis razon, [*cambiando de tono*]

¿No es necesidad y locura

Entregarse á la amargura

De una doliente ilusion?

No os afijais, Magdalena;

Ese dolor que os inquieta

Es un canto de poeta

Que en un sueño se enagena:

No os imagineis jamás

Que he sentido lo que canto;

Ese profundo quebranto,
Ni lo comprendo, quizás:
He hallado siempre la vida
Bella, serena, radiante;
No he llorado un solo instante
Mi ilusion desvanecida:
¡Cómo gemir y llorar
Si brinda tantos placeres!
¡Si hay tan hermosas mugeres
A quienes ciego adorar!

Mug.— (Extraña contradiccion!
Con su dolor palecí,
Y al oírle hablar así
Se me hiela el corazon.)

Carlos.—Porque una muger un día,
Tal vez, infiel me ofendió,
Y, sin piedad, marchitó
La flor de la vida mía,
¡He de entregarme al pesar,
He de olvidar el placer,
Cuando en vez de una muger
Puedo otras mil adorar?
Porque nadie comprendió
Lo que se encierra en la mente,
Y hubo quien necio, demente,
Tal vez, me consideró,
¡He de llorar y sufrir?
¡He de gemir angustiado?
¡He de vivir desolado,
Cuando es tan bello vivir?

No; yo quiero de la vida
Los placeres y las flores;
Quiero que en sueño de amores
Goce el alma adormecida;

Quiero dejarme arrastrar
Por su ruidosa alegría,
Y, como Julia decía,
Quiero reir y bailar.

¡Jamás os habeis hallado
En una alegre reunion,
En un brillante salon
Lujosamente adornado?

¡Jamás os habeis sentido
Conmovida dulcemente
Por la impresion que se siente
De la música al sonido?

¡Es tan dulce contemplar
Esas mugeres hermosas,
Tan frescas y tan graciosas,
Ante la vista pasar!

Vos no podeis comprender
Lo que podemos sentir
Si logramos oprimir
La mano de una muger;

La viva y honda impresion
Que llena el alma agitada,
Al sentirla, así, apoyada
Sobre nuestro corazon.

Julia.— ¡Loco!

Cárlos.— ¡Por qué? ¡Porque admiro

Extasiado lo que encierra
De mas hermoso la tierra,
Y por la muger deliro?

Mag.—(¡Ay! ¡es éste el corazon
Que ardiente y tierno juzgaba?
¡Pobre de mí, que soñaba
Y fué solo una ilusion!)

Julia.—¡Ves ahora, prima mia,
Que ese hondo tormento era
Solamente una quimera
En que él mismo no creia?

Mag.—Sí, Julia, tienes razon;
Mas, al oirlo, juzgaba
Los acentos que escuchaba
Un grito del corazon
¡Cómo pudiera pensar .
Que esos versos, tan sentidos,
No eran los hondos gemidos
Del mas amargo pesar!
¡Qué quieres! Julia, yo veo
Visiones siempre do quiera,
Y en la mas loca quimera
Sin vacilar, necia, creo.

Carlos.—Sois muy severa.

Mag.—¿Por qué?

Julia.—No te admires; pero ahora,
Voy á ser su defensora,
Yo, que antes le condené.
Si una penosa impresion
Sentiste, prima, al saber

Que encuentra en cada muger
Nuevo objeto á su pasión;

 Ese loco desvarío

No te haga juzgarle mal

¡Dicen que es tan general!

Mag.—Pero un poeta ¡Dios mío!

Julia.— Así, de indulgencia escasa,

Les niegas, solo, el perdón,

Porque has creído que son

Hechos de distinta masa

 Ángeles, un triste día

Arrojados del Eden

 Escuchad, Carlos, también

Entiendo de poesía

Carlos.—Sin duda; ¿ni quién mejor

Que vos sentirla pudiera?

¡Vos, la imagen hechicera

De la gracia y del amor!

Julia.— Sois muy galante.

Carlos.— No sé

Si será galantería;

Os dije lo que sentía.

Julia.—Entonces os crecé.

Carlos.—(¡Cuán dulce, cuán candorosa,

En su infantil travesura

Es la expresión suave y pura

De su sonrisa graciosa!)

Julia.—Lo del baile, Magdalena,

Mal me pudiera admirar;

Te confieso que bailar
Me entusiasma, me enagena

Viva impresion de alegría
Llena el alma embelesada,
Al sentirse arrebatada
En alas de la armonía

El adornado salon,
Los trages de mil colores,
Y las luces, y las flores,
El ruido, la animacion,
Me han hecho siempre gozar;
Y aunque es una niñería,
¡Qué quieres! amiga mia,
Es mi delirio bailar.

Mag.— Es gran dicha que tu esposo
Encuentre el mismo placer.

Julia.—El tan solo con saber
Que estoy contenta, es dichoso.

Siempre amante, siempre atento
En su profunda ternura,
Ni una sombra de amargura
Ha turbado mi contento:

Ha sido esta tierna union
En dos años, Magdalena,
Fuente de dicha serena,
La vida del corazon.

Carlos.—¡Sois muy feliz!

Julia.— Si se encierra
En un recíproco amor

La felicidad mayor.
Que existir puede en la tierra.

Carlos.—(No sé qué hechizo fatal
Se encuentra en esta muger;
Verla me hace estremecer,
Escucharla me hace mal.)
Me voy ya.

Mag.— ¿Tan pronto?

Julia.— Os ruego,
Pues de las bellas gustáis
Tanto, Carlos, que volvais . . .

Carlos.—Con gran placer. [Vase]

Julia.— Hasta luego.

ESCENA SEGUNDA.

JULIA, MAGDALENA, [que ha seguido con la vista
a Carlos hasta que desaparece.]

Julia.— ¿En qué piensas, prima?

Mag.— ¡Yo! [Sorprendida]
En nada.

Julia.— Pues juraría
Que adivinarlo podría . . .
¿Quieres que adivine?

Mag.— ¡No!

Julia.—¿Qué tienes?

Mag.— Nada No sé

Siento mala la cabeza

Julia.—Te devora honda tristeza,

Y me lo ocultas, ¿por qué?

Tiempo hace que en tu semblante

Oscura nube se extiende,

Que las hondas penas vende

Del corazon delirante:

Hace tiempo que sombría,

Pensativa, distraída,

Pasas las horas sumida

En negra melancolía.

¿Qué tienes? En tu afliccion

Huyes esquivando de mí;

¿No es el mismo para tí

Mi afectuoso corazon?

Mag.— Si, Julia, sí; dulce, buena,

En tu cariñoso anhelo,

Has sido siempre el consuelo

De tu pobre Magdalena:

No creas ingrato, ni injusto

Mi corazon; sin querer

Te hago, prima, padecer

Con mi carácter adusto.

¿Qué quieres! No es culpa mía;

Tú bien sabes si evitar,

Aun la sombra de un pesar,

A tu alma tierna querría

Mas no te figures, no,
Que el dolor mi pecho hiera;
Te engañas, esa quimera
Tu inquieta amistad forjó.

Julia.— Así ¡fué un error?

Mag.— Ya ves
Que sí.

Julia.— Me alegro; que espero
Que vuelva Carlos, y quiero
Que amable y contenta estés.

Mag.— ¡Yo! ¿para qué?

Julia.— ¿No has notado
La dolorosa expresion
De su acento, su emocion,
Su aire triste, preocupado?

Mag.— No, en verdad; es un extraño
Carácter, que no he podido
Penetrar.

Julia.— Es que ha sufrido
Mas de un triste desengaño.

Mag.— ¡Ah!

Julia.— No puede comprender
Tu sencillo corazon,
La extraña contradiccion
Que reina en su proceder.

Porque al oírlo expresar
Con entusiasmado acento,
La fuerza del sentimiento
Que hace su lira sonar,

Un solo instante después
Escucharlo te hace mal,
Si frívolo, insustancial,
Un hombre distinto es.

Mag.— Tienes razon, prima mía;
La dolorosa impresion
Que siente mi corazon
Expresarte no podria,
Al pensar que el alma ardiente,
Que en él soñaba encontrar,
Es solo una alma vulgar
Que lo que dice no siente.
Versos tiernos y sentidos
Que la mente absorta llenan;
Versos dulces que enagenan,
Cual melodiosos sonidos;
Y todo se encierra allí;
Son palabras, nada mas,
Que ni comprende quizás.

Julia.—No, no lo juzgues así.

Nadie pudiera mejor
Un dulce afecto sentir;
Pero amor lo hizo sufrir,
Y se burla del amor.

Es un noble corazon,
Solo para el bien nacido,
Que sus yerros ha debido
A su amarga decepcion;

De esas almas escogidas
Llenas de sueños de gloria,
Del triste mundo en la escoria
Por su desgracia caídas;

Almas de fuego, que al ver
Que nadie en su derredor
A su noble, inmenso ardor
Supiera corresponder;

Que sintiendo, al despertar
De su ilusion esplendente,
Que era un sueño solamente
Y ya no pueden soñar;

Olvidando la alta esfera
Dó su aspiracion las llama,
Del fuego que las inflama
La llama impercedera;

Se dejan arrebatar
Del mundo en el torbellino:
Es culpa de su destino,
No los debes condenar.

Mag.— Quizá injusta lo juzgué,
Y lo siento, prima mía.
No sé por qué me aflijía. . . .

Julia.— Sospecho que yo lo sé. . . .

Mag.— ¿Qué quieres decir?

Julia.— Que es vana

Tu reserva; que sufriste
Cuando necio lo creíste
Por. . . por caridad cristiana.

Mag.—¡Julia!

Julia.— Tú inquieta, sombría;
Él sombrío, preocupado;
Él de tristeza abrumado;
Tú tan triste, prima mía.
¡Vamos! no sé qué pensar
Y me vuelvo loca á fé. . . .
¿Qué pensarás tú?

Mag.— No sé
Lo que quieres indicar.
Amo á Carlos tiernamente,
Con la mas pura amistad,
Como al amigo, en verdad,
Siempre atento, complaciente;
Que en todo tiempo ha tratado,
Carinoso, de evitar
Cuanto puede lastimar
Mi corazon delicado;
Mas mi justa estimacion
No es exaltada ternura. . . .

Julia.—¡Te digo yo, por ventura,
Que lo quieres con pasion?

Mag.— ¡Prima!

Julia.— Vamos; sé sincera;
¿Por qué te obstinas así
En negarlo? no soy, dí,
Tu hermana, tu compañera?

Mag.— Yo, Julia? Pero has pensado . . .

Julia.—Que lo amas, y con razon;

Es un noble corazon,
Bien digno de ser amado.
Confíesalo.

Mag.— Pues que así
Lo quieres, confesaré:
Lo que yo siento, no sé;
Él nada siente por mí.

ESCENA TERCERA.

Dichas, GONZALO (con una caja de carton.)

Gonz.— ¡Adivinas, Julia mia,
Lo que me hace tan temprano
Volver á casa esta noche?

Julia.— No me parece, Gonzalo,
Dificil de adivinar;
Es, á mi entender, bien claro:
Has venido para verme,
Para buscar, á mi lado,
De tus penas el alivio,
De tus goces el encanto. . . .
¿No es cierto?

Gonz.— Sí, vida mia,
Tienes razon, solo hallo
La dicha cerca de tí,
Tu dulce voz escuchando,

En tu mirada embebido,
Con tu sonrisa extasiado. . . .

Julia.—¡Gonzalo!

Gonz.— Pero esta noche
He tenido, sin embargo,
Otro motivo ademas,
Grave, serio, extraordinario.

Julia.—¿Y cuál es? Mas, qué contiene
Esta caja?

Gonz.— Ten cuidado,
Es el misterio en cuestion. . . .

Julia.—¿Un misterio? pues la abro:
Acércate, Magdalena.

Gonz.—No seas curiosa.

Julia.— ¡Un peinado!
¡Qué hermoso!

Gonz.— Dos: recordé
Que son las rosas tñ encanto:
Y á tí, te sienta tan bien [*á Magdalena.*]
El azul!

Mag.— Gracias, Gonzalo.

Julia.—¡Oh qué lindo! ¡qué frescura
De rosas! Voy á probarlo. [*al espejo.*]
¿Está bien?

Gonz.— ¡Estás divina!

Julia.—A tus ojos, no lo extraño.

Gonz.—Los ángeles, de quien eres
El peregrino retrato,
Envidiosos te contemplan,
Y te miran extasiados.

Julia.—¡Adulador!

Gonz.— No lo creas.
Pero, si es verdad que tanto
Esa friolera te agrada,
Mi recompensa demando.

Julia.—¿Y cuál es?

Gonz.— Un solo beso
En esa preciosa mano.
Mas ¿qué tiene nuestra prima?
Magdalena, te has quedado
Pensativa.

Julia.— No la inquietes.
¡Silencio! que está pensando
En asuntos importantes,
En que no debe un profano
Intervenir.

Gonz.— Prima mía,
¿Estás triste?

Mag.— No, Gonzalo;
Pensaba que no he podido,
Por mi carácter extraño,
Por mi necia timidez,
Expresarte, primo, cuanto
Agradezco tu recuerdo.

Gonz.—¿Y vale la pena acaso!
No seas niña; pero creo
Que además tú tienes algo.

Mag.—¿Yo? no, nada.

Julia.— El dios Cupido,
Dios travieso y temerario. . . [*con intención.*]

Mag.—¡Julia!

Gon.— ¿Se trata de amor?

Julia.—Nada he dicho.

Gonz.— ¿Tendrá Carlos . . . !

¿Por ventura algun papel . . . ?

Mag.—¡Primo!

Gonz.— ¿Te enfadas? pues callo,

Aunque no tienes razon

En hallar culpable, ó raro,

Abrigar un sentimiento

De la vida luz y encanto:

En amar y ser amada,

Magdalena, está cifrado

De la muger el destino.

Mag.—(¡Ser amada!)

Gonz.— Yo no hallo

Causa para ese rubor,

Que te sienta, sin embargo,

Tan bien.

Mag.— Sospechar no pueden

Cuánto me torturan, ¡cuánto!

Julia.—¿Quieres que tomemos ya

El té?

Gonz.— ¿No esperas á Carlos?

Julia.—No; vendrá tarde sin duda.

Mag.—Voy á mandar prepararlo. [*vase.*]

ESCENA CUARTA.

JULIA, GONZALO.

Gonz.—Tiempo hace que en Magdalena
Se nota visible cambio:
Aunque ha sido su carácter
Siempre serio y reservado,
Esa tristeza profunda,
Ese abatimiento raro,
No observé jamás en ella.
¿Te figuras tú que Carlos,
Como decías há poco,
Es la causa?

Julia.— Sí, Gonzalo;
Aunque se niega mi prima
Tenazmente á confesarlo,
Su palidez, su emocion,
Al reconocer los pasos
De Carlos; la viva pena
Que sus locos arrebatos
Le causan; la honda impresion
De interés y de entusiasmo
Que en su semblante se pinta
Con viveza, al escucharlo
Expresar en dulces versos
Su ventura ó su quebranto,
Me hacen crecer ese amor.

Gonz.—Pero me parece extraño
Que tan dulce sentimiento
Sea causa del estado
De abatimiento en que se hallan
Los dos; porque encuentro á Carlos
Cambiado tambien.

Julia.— Yo creo
Que, orgulloso y reservado,
Teme declarar su amor,
Y ama y padece callando;
Y ella, que el silencio suyo
Indiferencia ha juzgado,
Con un afecto profundo
Lucha sin cesar en vano.
Eso me parece á mí,
Pues, repito, que ni Carlos,
Ni Magdalena, me han dicho
Una palabra.

Gonz.— Es extraño
Que guarde Carlos conmigo
Esa reserva.

Julia.— Yo, que amo
A mi prima tiernamente
Y por su dicha me afano,
Celebro ese amor, que puede
Hacer la dicha de entrambos.

Gonz.—Ciertamente. En el carácter
A un tiempo tierno, exaltado
Y serio de Magdalena,
Hay mil puntos de contacto

Con el de Carlos. Si es cierto
Que, en su desaliento amargo,
Él niega, á veces, la dicha
Y aun el sentimiento santo
Que llena su corazon;
De ese amor el dulce halago,
La bondad de Magdalena,
La dicha de ser amado,
Arrancarán de su mente
Esos delirios extraños.
Y de su alma lastimada
La felicidad borrando
Los venenosos recuerdos
De un doloroso pasado;
Él, noble, leal, sincero,
Sentirá con entusiasmo
La dicha de hacer feliz
A ese ángel, gozo y encanto
De su vida.

Julia.— [Cuanto siento [*con ligereza.*]

Que no esté todo arreglado,
Y no fuera el matrimonio
Mañana mismo! ¡Con cuánto
Júbilo lo viera!

Gonz.— ¡Niña!

Julia.—¿No te parece que Carlos
Hace muy mal en callar?
Si yo estuviera en el caso
De Magdalena, te juro,

Le haria pagar bien caro
Su silencio.

Gonz.— Pues entonces
Convendrémos en que Carlos
Hizo mejor eleccion,
Y estuvo mas acertado,
Escogiendo á Magdalena,
Y no la copia buscando
De cierto duende travieso,
Angel y espíritu malo,
Que llora con el que sufre,
Éxtasis al mas helado,
Y hace rabiar, si lo quiere,
A todo el género humano.

ESCENA QUINTA.

Dichos.—CARLOS.

Carlos.—Gonzalo.

Gonz.— Vienes á fé
A buen tiempo.

Carlos.— Yo temia

Gonz.— Creiste que no vendria. [*A Julia*]
Van á servirnos el té. [*A Carlos*]

Carlos.—Es temprano, y en verdad
Debí tal vez comprender
Que pude impórtuno ser. . . .

Gonz.—¡Importuno!

Julia.— Perdonad.

Si, amigos del corazon,
Cuyo cariño apreciáis,
Importunos encontrais,
Para mí nunca lo son.

Gonz.—La has enfadado [*A Carlos.*]

Carlos.— (Podria

Comprender ella ¡Ay de mí!
¿A qué he venido yo aquí?
Mi cabeza se extravía.)
Perdon, Julia, yo bien sé
Que sois la misma bondad. . . .

Julia.—Y de esa seguridad
Os dejais llevar á fé.

Gonz.—Vamos, calma ese inhumano
Enojo; ten compasion
Y de reconciliacion
En señal, dále la mano.

Carlos.— (¡Ah!)

Julia.— ¿Qué teneis? estais frio
Como el hielo.

Carlos.— (¡Y esto mas!)

Gonz.—Pero cuan pálido estás!

Carlos.—(¡Es mucho sufrir, Dios mio!)

Gonz.— ¿Te sientes mal?

Carlos.— No.

Julia.— Quizá

Gonz.—Esa extraña agitacion. . . .

Carlos.—Nada; una palpitacion
Ligera, que pasó ya.

Gonz.— ¿Tienes penas?

Carlos.— ¿Penas yo?
¡Ocurrencia peregrina!
Nunca en la vida una espina
Mi corazon encontró.

Por una senda sembrada
De blancas y frescas flores,
Por los divinos fulgores
De la esperanza bañada;
Sin la sombra de un dolor,
Sin un suspiro siquiera,
Mecido por la quimera
Deliciosa del amor;

Me adelanto en la existencia
Sin haber nunca sabido
Lo que es lanzar un gemido
Que arranca cruda dolencia.

¡Esto es vivir! Si el amor
Nos causa crueles pesares,
No arrojaré en sus altares
De mi esperanza la flor;

Ni pudiera un corazon
Tan frívolo como el mio,
Comprender el desvarío
De una indomable pasion.

Julia.— (Es muy amargo su acento)

Carlos.—Sí, Julia; para sufrir

Es necesario sentir,
Y sabéis que yo no siento.

Julia.— Carlos, no debéis hablar
Con tanta hiel; ¿quién pudiera
Vuestra alma grande, sincera,
Yerta, insensible juzgar?
¿Por ventura seré yo?
¿Esa acusacion amarga
Sobre mí tal vez descarga
El veneno que encerró?

Si habeis llegado á creer
Que frívola é indolente,
Un corazon noble, ardiente,
No me es dado comprender;

Si una niña me juzgais
Porque ligera me veis,
Carlos, no me conocéis;
Muy equivocado estais.

Gonz.— Esta noche estás fatal. [*A Carlos.*]

Carlos.— No, Julia; no habeis pensado
Que hubiera así calumniado
Un corazon celestial.

(¿Por qué se ha expresado así?
Ha mostrado una emocion
No delires, corazon
Silencio, ¡triste de mí!)

ESCENA SESTA.

Dichos, MAGDALENA, un criado, que trae un azafate con el té,
que pone sobre la mesa, y se retira.

Gonz. — Vamos á tomar el té.

Mag. — Voy á servirte una taza,
Prima mia.

Julia. — No; no tomo
Esta noche.

Mag. — ¿Carlos?

Carlos. — Gracias. [*Aceptando.*]

Mag. — ¿Tú, Gonzalo?

Gonz. — No lo pongas
Muy dulce; me desagrada.

Julia. — ¿No tomas tú, Magdalena?

Mag. — No.

Julia. — Pues entonces, confiadas
En vuestra bondad, señores,
Os dejamos solos.

Gonz. — ¡Calla!
¿Conque nos queréis privar
De vuestra presencia grata?

Julia. — Sí, vamos al tocador
Un momento.

Gonz. — Deseára
Que no fuera largo.

Julia. — No;

Lo mas diez minutos.

Gonz.— Nada,
Nada mas; no os concedemos
Ni un segundo mas.

Carlos.— (¡Qué gracia!
¡Qué atractivo en su sonrisa,
En su voz, en su mirada!) [*Vanse Julia y Mag.*]

ESCENA SEPTIMA.

CARLOS, GONZALO.

Gonz.— Ahora, que solos estamos,
Espero que me dirás
La causa de esa tristeza
Que te abruma sin cesar.

No te he dado, segun creo,
Motivo, Carlos, jamás,
Para que guardes conmigo
Esa reserva tenaz:

Amigos desde la infancia,
Nada ha podido turbar
Nuestro cariño profundo,
Nuestra sincera amistad.

Carlos.— Sí; mas que mi amigo, has sido
Mi hermano; y si algun pesar

Abrigára, cual supones,
No lo confiara jamás
Sino á tí; pero no es nada,
Te engañas, á la verdad;
Son arranques de locura,
Devaneos nada mas;
Tú sabes que mi carácter
Es extraño, original;
Porque está nublado el dia,
Porque llueve sin cesar;
Porque el sol está muy fuerte;
Porque ardiente el aire está,
Me pongo de mal humor
No hablemos ya de eso mas.

Gonz.— Como quieras.

Carlos.— Es mejor
Que me digas quién vendrá
Esta noche.

Gonz.— Los de siempre
Yo supongo. D. Pascual,
D. ^a Tomasa, su esposa,
Su hija Rosa, el capitan
Andrés, y el capitalista
Pablo, que no tiene mas
Cualidades y atractivos,
Que tontera y capital.

Carlos.— Pero hombre, dime, ¡por Dios!
De donde has ido á sacar
Esa coleccion curiosa
De entes raros.

Gonz.— En verdad,
No lo sé. Como vecino,
Ha creído D. Pascual
Un deber indispensable
De cariño y amistad,
El venir todos los días,
Y no lo quiere dejar
Salir un instante, solo,
Su cariñosa mitad.

Carlos.—Que es un sargento primero
Nada menos.

Gonz.— Y jamás
Se ha separado Rosita
Del regazo maternal:
Andrés, calavera tonto,
Que muere de ociosidad,
Que jamás un libro toma,
Que solo sabe bailar
Y componerse los rizos,
Necesita, á la verdad,
Para que el tiempo se pase,
Al prójimo incomodar.
En cuanto al capitalista,
Es otra canción; ¿creerás
Que pretende á Magdalena?

Carlos.—Pero ¿está loco?

Gonz.— ¡Qué afán
Para hacerle dulces ojos!
¡Qué gemir y suspirar!

Carlos.—¿Y ella?

Gonz.— No lo escucha nunca,
Lo deja desatinar.

Pasc.— [*Dentro*] Sí, señor, os aseguro
Que lo menos costará
El azúcar este año. . . .

Gonz.— ¡Ay! la voz de D. Pascual;
Ya están aquí.

Carlos.— Yo me voy.

Gonz.— Hombre, no, ten caridad,
Acompáñame.

Carlos.— ¡Es atroz!

Pasc.— [*Dentro*] Pues, digo, ¡y el azafrán!

ESCENA OCTAVA.

Dichos, D. PASCUAL, D.^a TOMASA, ROSA, ANDRÉS, PABLO
[por el fondo], MAGDALENA y JULIA [por la derecha]: Pablo
da el brazo a Rosa; Andres a D.^a Tomasa; detras D. Pascual con
un gran paraguas.

Pasc.— Buenas noches.

Pablo.— Servidor.

Tom.— Magdalena!

Rosa.— ¿Como estás? [*A Julia.*]

Julia.— ¿Vos, doña Tomasa?

Tom.— Bien:

Hace frío ¿no es verdad?

Julia.— Sentaos. [*Andrés cerca de Julia, sigue doña Tomasa, Pablo junto á Magdalena, Rosa del otro lado, D. Pascual junto á Gonzalo. En una extremidad, cerca de Julia, Carlos.*]

And.— Arcángel divino, [*A Julia.*]

Caido por vuestro mal,
Del prosaico matrimonio
En el . . . en el . . .

Julia.— Acabad: [*Con sonrisa burlona.*]

Es lástima que se pierda
Un discurso tan galan.

Carlos.— ¡Necio!

Pablo.— Magdalena, os juro, [*A Magdalena.*]

Que mi muger estará
Vestida como una reina.

Mag.— Lo celebro.

Tom.— Mi Pascual [*A Julia.*]

Está malo de los nervios.

Rosa.— Magdalena ¿no es verdad, [*A Magdalena.*]

Que los poetas no son
Hombres como los demas?

Mag.— No!

Rosa.— Mira á Carlos; tan mustio,

Tan seco, no sabe hablar,
Ni dice nunca una flor;
Me disgusta mucho.

Pasc.— Ya [*A Gonzalo.*]

Os comprendo; pero creo

Que no he de hacer con la sal
Tan buen negocio.

Tom.— Me gusta [*A Julia.*]

Que reine siempre la paz,
La tranquilidad, la dicha
En el doméstico hogar;
Por eso procuro siempre
Que obedezca mi Pascual
Mis disposiciones todas;
Y ceda sin vacilar
A mi voluntad expresa,
A mi firme autoridad.

Julia.— ¡Bueno!

And.— Julia, ¿no quereis [*Llamando la aten-*
Vuestra mirada fijar *cion de Julia.*]

En el hombre que no vive,
Que no tiene mas afán,
Ni mas dicha, ni mas gloria,
Ni mas ilusion, ni mas

Julia.— ¿Os gusta la letanía? [*interrumpiéndolo con*

And.— ¿A mí? ¿por qué? *burla.*]

Pablo.— Causará [*A Magdalena.*]

Gran envidia á la mugeres,
Cuando la vean pasar,
En elegante carruage:
¿Qué os parece?

Mag.— Bien. [*Distraida.*]

Pasc.— No tal. [*á Gonzalo.*]

No me deja mi mujer
Ni vivir, ni respirar:

Bajo pretexto que debe
Residir la autoridad
En la cabeza mas fuerte,
Y que ella debe mandar

Gonz.— (¡Pobre hombre!)

Rosa.— ¿No te parece, [*A Magdalena.*]

Magdalena, muy galan
Y amable Pablo?

Mag.— No á fê;

No lo puedo soportar.

Julia.— Carlos, acercaos á Rosa; [*Con intencion burlesca*

Sed amable, ¿qué dirá, *aparte á el.*]

Al veros tan retirado?

Y pues es la celestial

Divinidad que os inspira,

Que os encanta

Carlos.— Por piedad,

Julia, no me hableis así.

Julia.— No os enfadeis.

Rosa.— Mi mamá [*A Magdalena.*]

Encuentra mas elegante,

Mas cortés al capitan;

Yo nó.

And.— Julia, yo querria [*A Julia.*]

Poder con fuego expresar

Lo que siente el corazon.

Carlos.— (¡Mentecato!)

Tom.— Capitan, [*A Andrés.*]

¿No habeis padecido nunca

De los nervios?

- And.*— ¡Yo! jamás.
- Rosa.*— Me han dicho que los poetas [*A Magdalena.*]
Son todos locos de atar;
Y la figura de Carlos
No destruye, á la verdad,
Esa impresion.
- Tom.*— Cuando yo era [*A Gonzalo.*]
Jóven. . . .
- Gonz.*— (Lo menos hará
Cincuenta años de la fecha.)
- Tom.*— ¡Tenia yo tal afán
Por todos los militares!
¡Me gustaban tanto!
- Gonz.*— Ya
Lo supongo.
- Pablo.*— Un aderezo [*A Magdalena.*]
De perlas y de coral,
Para el día de la boda
Le destino.
- Pasc.*— Es singular [*A Gonzalo.*]
La manera con que ataca
La maldita enfermedad
De los nervios.
- Gonz.*— ¿Padeceis
De los nervios?
- Pasc.*— Sí, me dán
Unos ataques furiosos.
- And.*— Encantadora beldad, [*A Julia.*]
Luz de la luz de mis ojos

Carlos.—(Me falta la fuerza ya.)

Rosa.— ¡Magdalena!

Mag.— (Me sofoca.)

Rosa.— Yo querría oír cantar
A Julia, ¡me agrada tanto
Su dulce voz!

Mag.— ¡En verdad?
Pues dile algo.

Carlos.— (No puedo
Permanecer aquí mas) [Se vá.]

Rosa.— Julia, cántanos un poco.

Pablo.— Sí.

And.— ¡Bravo!

Tom.— (¡Vaya un afán!)

Julia.— ¡Y qué deseas que cante? [A Rosa.]

Rosa.— Algo ^{de}nuevo.

Tom.— (¡Ay Pascual! [Aparte a él.]
Voy á aburrirme.)

Pasc.— Lo creo.

And.— Julia, dignaos aceptar
Mi mano.

Tom.— Que no sea larga. [A Julia.]

Julia.— No temais.

Rosa.— Calla, mamá!

[Andrés se levanta y ofrece la mano á Julia, esta la acepta con una sonrisa burlona, se encaminan al piano, y en este momento se dicen las últimas palabras.]

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de un gabinete interior de estudio. Estantes con libros; mesa en medio, con libros y papeles en desórden; puertas laterales; ventana al fondo.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, aparece CARLOS sentado a la mesa, hojeando con agitacion un libro. Un momento despues se oye la siguiente cancion de Julia, que se supone en la pieza contigua; al concluir, se oye un palmoteo.

“Corazon, hecho pedazos
Hoy caminas en la vida;
De tu ventura perdida
Ni la memoria quedó.
Te dormiste descuidado
En blando lecho de flores:
La espina de tus dolores
De tu sueño te arrancó.
No importa; la vida
Es bella y radiosa;

Teñido de rosa

Está el porvenir.

¿Quién gime al recuerdo

De pena ó tristura?

Sufrir es locura,

Es dulce vivir.

¿Por qué te espanta la idea

De alzar el oscuro velo

Que arrojáras en tu duelo

Sobre una herida mortal?

¿Temes encontrar la huella

De un profundo sentimiento?

¿Descubrir, en un momento,

Lo incurable de tu mal?

No importa; la vida

Es bella y radiosa;

Teñido de rosa

Está el porvenir.

¿Quién gime al recuerdo

De pena ó tristura?

Sufrir es locura,

Es dulce vivir.

¡Pobre corazon! Devora

Orgullosa tu quebranto;

Nadie llora con tu llanto,

Ni sufre con tu dolor.

En vano pides al mundo

Una lágrima siquiera,

Que en tus heridas cayera

Como bálsamo de amor.

No importa; la vida
Es bella y radiosa;
Teñido de rosa
Está el porvenir.

¿Quién gime al recuerdo
De pena ó tristura?
Sufrir es locura,
Es dulce vivir."

Carlos.—[*Que ha oído enagenado la anterior.*

La dolorosa expresion
De ese canto, me hace mal;
Tierna y sentida cancion,
Sollozo de un corazon
En su lucha desigual:

En su triste desconsuelo,
Alzar el velo temió
Que cubre su amargo duelo
A levantar ese velo
Tampoco me atrevo yo.

Corazon, ¿qué sientes, dí?
¿Que sufrimiento fatal
Te hace delirar así?
¿Qué es lo que pasa por tí?
¡Mira de frente tu mal!

No sé. . . . no quiero saber;
Es la verdad, ¡tengo miedo!
No quiero el abismo ver,
Pues me quiero detener,
Y detenerme no puedo.

¡Un abismo de pesar!
¡Un hondo, terrible abismo!
Y no lo quiero mirar,
Y hacia él me dejo arrastrar,
Sin confesarme á mí mismo,

Que es esa sombra fatal
Que envuelve mi corazón,
Ese tormento infernal,
El combate desigual
Del deber y la pasión. . . .

Sí, la pasión loca, ardiente,
Que me devora y me quema;
Que hace delirar mi mente,
Que graba sobre mi frente
De dolor el anatema:

Dulce sueño de mi vida,
Luz del alma lastimada,
Flor entre abrojos perdida,
En un abismo nacida,
Y con lágrimas regada:

Delirio del corazón,
De mi existencia tormento;
Mi esperanza, mi ilusión,
Mi bien, mi desolación,
Mi fé, mi remordimiento. . . .

Remordimiento espantoso
Que mis entrañas devora;
Que no me deja reposo:
Espectro infernal, odioso
Que me sigue á toda hora. . . .

¡Hermano del corazon,
Siempre tan noble y leal. . . !
Esta funesta pasion
Es la horrible maldicion
De mi destino fatal.

Corazon, que no has sabido
Ni vencerte, ni luchar,
Que conocerte has temido,
Y con tu llanto has querido
Voraz incendio apagar:

¿Qué esperas de tu ternura,
De tu insensata pasion?
Desesperada tortura,
Remordimiento, locura. . . .
Lucha y vence, corazon. . . .

Pero es mi vida este amor,
Es mi dicha esa muger;
Combatiré con valor,
Me moriré de dolor,
Y no lograré vencer.

Vida de la vida mia,
Luz del alma que te adora;
¿Por qué no esperar que un día
Comprendas la lucha impía
Que mi corazon devora. . . ?

Y tal vez. . . Julia, ¡perdon!
¡Ay! cuando la herida toco
De mi pobre corazon,
Se extravía mi razon,
Siento que me vuelvo loco. . . .

¡Oh! no temas que un dolor
Te cause mi desvarío;
Yo lucharé con valor,
Yo sofocaré mi amor. . . .
¡Y la amo tanto, Dios mío!

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS.—JULIA.

Julia.— ¿Por qué aquí tan retirado
Huís de la sociedad
Y buscáis la soledad,
Todo al estudio entregado?
¿Desdeñoso abandonáis [*en tono de chanza*]
A vuestra divina Rosa?

Carlos.— ¡Mia?

Julia.— La ninfa preciosa
Que con el alma adoráis. . . .

Carlos.— Julia, ¡por Dios!

Julia.— ¿Por ventura
Os enfadáis?

Carlos.— Haria mal; (*con ironía.*)
La hija de D. Pascual
Es hechicera criatura;

Y, si he de decir verdad,
No llegué á ver en mi vida
En una noche, reunida
Tan selecta sociedad. . .

Un viejo beato y necio,
Que solo os habla de cuentas;
Un majadero con rentas,
Que nos mira con desprecio;

Un calavera galante,
Adornado de una espada;
Una niña remilgada
Y una vieja petulante.

Sí; sufrirlos no podía,
Y á China me hubiera ido,
Si preciso hubiera sido,
Por huir su algarabía.

Julia.— Y yo que, necia, creí, [*un poco picada*]
De mis amigos, calmar
El disgusto y malestar,
Solo con estar allí:

Fué un error de vanidad. . .

Carlos.— ¡Oh! no, Julia, no es error; [*con entusiasmo*]
Cerca de vos, el dolor
Se cambia en felicidad. . .

Mas que los ángeles bella,
Y como ellos candorosa,
Lleva de vuestra alma hermosa
Vuestro semblante la huella. . .

No hay helado corazon
Que al miraros no latiera;
No hay alma que no sintiera
La mas celeste emocion:

La luz de vuestra mirada,
Tan trasparente, tan pura,
Hace soñar la ventura
Al alma desesperada:

Vos cambiaréis un infierno
De tormentos y dolor,
En paraíso de amor,
En cielo de dicha eterno:

Vos. . . (qué digo? Corazon,
Me extravías.)

Julia.— En verdad, [*con una sonrisa.*]

Tengo la felicidad
De ser vuestra inspiracion. . .

Carlos.— (¡Ah!)

Julia.— ¡Qué lees?

Carlos.— Las poesías [*con cierta frialdad.*]

De un amigo desgraciado,
Por la muerte arrebatado
En la aurora de sus dias. . .

¡Pobre Juan! En la tristura [*con amargura.*]
De su doloroso acento
Domina el presentimiento
De su muerte prematura. . .

Julia.— ¡Pobre jóven! [*con interés.*]

Carlos.— Es consuelo [*con resignacion.*]
Celestial la poesia,

Que el mismo Dios nos envía
En nuestras horas de duelo. . . .

Quando á mas pura region
Se eleva osada la mente,
Ventura inefable siente
Satisfecho el corazon.

En los versos que he leído
Covarrubias ha expresado. . . .

Julia.— Dichoso él, que ha logrado
Expresar lo que ha sentido!
¡Feliz él, que una memoria
Deja tierna y respetada,
Que dora su tumba helada
Con un destello de gloria!

Carlos.— ¡Julia!

Julia.— Soy una muger,
Una niña, segun vos,
Mas no me creais ¡por Dios!
Incapaz de comprender
La divina aspiracion
Del alma noble y ardiente,
Que en este mundo se siente
En una extraña mansion.

Carlos.— ¡Julia, Julia! ¡por piedad!

Julia.— ¿Qué tenéis?

Carlos.— Nada; queria
Leeros una poesía
Llena de fuego: escuchad:

[*lee.*] “ Huérfano el corazon, secos los ojos,
“ Por senda erial de lágrimas y abrojos,

“ Peregrinante por el mundo voy;
“ Ni una esperanza mi existencia halaga,
“ Y mi vida, cual lámpara, se apaga,
“ Que el pasajero viento combatió.

“ Hay un amor que mi existir consume,
“ Silencioso adorar, tibio perfume
“ De mi despedazado corazon;
“ Amor que ni es amor sin esperanza,
“ Que ni una chispa de su incendio lanza,
“ Impotencia, pesar, resignacion.

“ Tú, bella niña, que en el mundo ríes,
“ Que en tu ilusion purísima te engríes,
“ Dormida con el sueño del placer;
“ No sabes ¡ay! cuanto la mente crea
“ En la fiebre abrasada de una idea
“ Que lenta va gastando nuestro ser. . .

“ Tal vez mañana, aislado, peregrino,
“ A regiones lejanas, el destino,
“ Con mi ignorado amor, me arrojará.
“ ¿Qué haré yo solo en climas extranjeros,
“ Solo, con mis cantares lastimeros,
“ Que el rugidor Oceano apagará. . . ?

“ Si un día, al pasar por mi olvidada tumba,
“ Oyes que el viento sollozando zumba,
“ Como eco del pesar de un corazon;
“ Si el inclemente tiempo no respeta
“ Mi corona de espinas de poeta,
“ Ni una inscripcion que la amistad dejó;

“ Un instante detente sollozando
“ En esa pobre tumba, contemplando
“ La historia del pesar con que vivi;
“ Pasa adelante. . . y al pasar murmura
“ Lastimada plegaria de amargura:
“ ¡Piensa en mí...! ¡piensa en mí...! ¡piensa en mí..

Julia.— ¡Cuan tierna melancolía!
¡Con qué fuego y expresion
Nos pinta del corazon
La dolorosa agonía!

Hondo gemido que lanza
El alma desesperada,
Por la angustia devorada
De un amor sin esperanza. . . .

¡Cuán terrible debe ser
Un sentimiento abrigar,
Y nada en cambio esperar,
Y llorar, y padecer!

Carlos.— ¡Oh! sí; terrible es sentir [*entusiasmo gra-*
Una indomable pasion *dual.*]
Que nos roe el corazon
Y que nos hace morir.

Pasar las horas ansiando
La dicha que no se alcanza,
Un amor sin esperanza
En silencio devorando;

Los gemidos sofocar
Que nos arranca el dolor;

Morir de angustia y de amor,
Morir y siempre callar. . . .

Sufrir sin tregua, y sentir
Que ese amor es nuestra vida,
Que es incurable la herida,
Que es imposible vivir;

Sucumbir desesperado
En una lucha fatal. . . .
Es un suplicio infernal
Por el abismo inventado. . . .

Julia.— (¡Cuan amarga exaltacion!
¡Pobre Carlos! en su pena
Piensa que su Magdalena
No comprende su pasion. . . .)

Carlos.— Mas si es horrible el dolor
De un amor desconocido,
Un afecto comprendido
Es la ventura mayor. . . .

Hallar en una mirada
Llena de blanda ternura,
La felicidad mas pura
Que sueña el alma abrasada;

En un suspiro encontrar
Tan ardiente sensacion,
Que no puede el corazon
Con palabras expresar;

Hallar en un dulce acento
Que nos hace estremecer,

Cuanto puede contener
De placér un sentimiento;

Sentir que hay un corazon,
Cuyo ardoroso latido
Es solo el eco querido
De nuestra propia impresion;

Es olvidar el dolor,
Las miserias de este suelo,
Es elevarnos al cielo
En las alas de ese amor.

Julia.— (¡Cuánto fuego!) Vos que así
Comprendeis tan bello Eden,
Vos que lo pintais tan bien;
¿Habeis amado?

Carlos.— ¿Yo? . . . ¡Sí!

Amé con ciega pasion,
Con inmensa idolatria;
Pero ella ¡ay! no podía
Comprender mi adoracion.

Esas horas de amargura
Que tan mal os he pintado,
Mil veces desesperado
Probé por mi desventura. . . .

Vos no podeis comprender
Lo que sufre el corazon
En lucha con la pasion
Que no le es dado vencer;

Lo que es en hondo quebranto
Pasar sin tregua la vida;

Regar la sangrienta herida
Con la hiel de nuestro llanto;
Y concebir el amor,
Un sentimiento inmortal;
Puro, divino, ideal;
Del alma celeste flor.

Julia.— ¡Ah!

Carlos.— ¿Qué teneis?

Julia.— No lo sé. [*Pensativa.*]

Carlos.— Estais pensativa, inquieta. . .

Julia.— Ser amada de un poeta [*Con candor.*]
Debe ser muy dulce á fé.

Carlos.— (¡Ah!)

Julia.— Ser la tierna ilusion
Que enciende la viva llama,
Que los delirios inflama
De su ardiente corazon;

Ser el ídolo adorado
De su cariño inmortal,
Sobre el bello pedestal
De sus sueños colocado;

Ser la ardiente inspiracion
Que hará eterna su memoria,
A quien deberá la gloria
De sus penas galardón. . .

Carlos.— ¡Julia! . . .

Julia.— Me parece á mí,
Que muy hermoso sería. . .

Carlos.—¿Y quién al veros podría [*Con arrebat.*]

No amaros con frenesí?

Si en la lucha destrozado

De su cariño fatal,

Calla y oculta su mal,

Por el deber obligado;

Si la ardiente confesion

De la pasión insensata

Que lo devora y lo mata

Sofoca en el corazón;

Si prefiriendo morir

A ofenderos un instante,

El corazón delirante

Hace callar y sufrir. . . .

Julia.— ¡Carlos! (¿qué dice? ¡Dios mío!)

Carlos.—No es que ciego no os adore,

No es que loco no devore

En su ardiente desvarío. . . .

Julia.— ¡Carlos!

Carlos.— (¿Qué he dicho? . . . ofender

Pude. . .) ¡Julia, loco estoy!

Julia.— (No lo comprendo.)

Carlos.— ¡Me voy!

Julia.— (¡No lo quiero comprender!)

—

ESCUENA TERCERA.

Dichos.—GONZALO, [riendo.]

Gonz.— Habeis perdido, á fé mía,
Una escena que, sospecho,
Os hubiera divertido
Como á mí. Pocos momentos
Después que Julia salió
De la sala, el majadero
De Andrés y ese pobre Pablo
Una disputa tuvieron
Acalorada, terrible,
Por el motivo mas necio:
Sabeis que D. ^a Tomasa
Está siempre repitiendo,
Que tuvo desde muy jóven
Gusto decidido, extremo,
Por los militares.

Carlos.— Sí.

Gonz.— Pues tratándose con fuego
Y entusiasmo del asunto,
Se llegó á hablar nada menos
Que de bigotes. Andrés
Y D. ^a Tomasa, fueron
Del parecer de que son,
Los bigotes, lo mas bello

Que hay en el mundo; Rosita
Mueve la cabeza, y viendo
El mentecato de Pablo
Su expresivo movimiento
Negativo, se apresura
A exclamar, con voz de trueno,
Que los bigotes no son,
Ni serán, ni nunca fuéron,
Prenda de honrada persona
De finura y de talento:
Andrés se pone furioso;
D. ^a Tomasa ¡ahí es ello!
¡La desdichada que tiene
Mas bigotes que un sargento!
La discusion se acalora,
Cada cual con gran denuedo,
Sostiene su parecer;
Que nunca ceden los necios. . . .
D. ^a Tomasa en su tema,
Rosita no lo está menos;
Y el infeliz D. Pascual,
Hombre pacífico y recto,
Que aborrece las disputas
Y les tiene mucho miedo,
Trata de meter la paz,
Y son vanos sus esfuerzos. . . .
Yo que me ahogaba de risa
Y me estaba conteniendo,
Para no exaltarlos mas,
Me aproveché de un momento,

En que estaban mas tranquilos,
Para salirme. ¿Qué es eso?
Os ha cansado mi historia. . . .

Carlos.—¿Cansado? No, no por cierto.

Gonz.— Tú, estás triste, pensativa. . . . [*A Julia.*]
Y tú tienes un aspecto [*A Carlos.*]
Taciturno y desolado,
Capaz de causarme miedo.
¿Qué teneis?

Julia.— Nada, te engañas.

Gonz.— Cualquiera pensara, al veros
Con esas caras sombrías,
Que habeis seguido el ejemplo
De los vecinos.

Julia.— (¡Dios mio!)

Gonz.— ¿Te ha dicho algo respecto [*A Julia*]
De Magdalena? ¿confiesa
Su amor?

Julia.— Sí. . . . me ha dicho. . . . creo. . . .

Gonz.— Me lo sospechaba ya.

Julia.— (¡Ay Dios!)

Carlos.— (Estoy padeciendo
Atrozmente, y es preciso
Disimular. ¡Qué tormento!)

Gonz.— ¿Sigue la tristeza?

Carlos.— No,
Si me parece que veo
Las peregrinas figuras
De esos amables sugetos,

Disputando acalorados
Por motivo tan grotesco. . . .

Gonz.— Te aseguro que era un cuadro
Digno de verse.

Carlos.— Lo creo.

Y D. ^{ca} Tomasa ¡vamos!
¡El pabellon defendiendo
Con tal fuego y entusiasmo!
A la verdad, mucho siento
No haberme encontrado allí. . . .

Gonz.— ¡Vaya! fué un lance soberbio. . . .

Carlos.— (No puedo mas.)

Gonz.— ¡Y en qué estado
Se hallan tus amores? Siento
Haberos interrumpido
En las confidencias. . . .

Carlos.— (¡Cielos!)

Gonz.— No pienso que Magdalena
Escuchará con desprecio. . . .

Carlos.— (¡Qué dice!)

Gonz.— La confesion
De un cariño verdadero. . . .

Pab.— [*Dentro.*] Pues yo quiero el parecer
De Gonzalo.

And.— [*Dentro.*] No lo temo.

Pasc.— [*Dentro.*] No tanta bulla, señores,
Acordaos de mis nervios.



ESCENA CUARTA.

Dichos.—D. PASCUAL, D.^{ta} TOMASA, ROSA, PABLO, ANDRES.

And.— No señor, os lo repito,
No teneis razon.

Tom.— Apruebo.

Pab.— Ya vereis como es Gonzalo
De mi opinion.

Rosa.— Por supuesto.

And.— Decid, Julia, ¿no es verdad
Que es ridículo en extremo
Sostener tales sandeces?

Pab.— Decid, Gonzalo, ¿no es cierto
Que decir tal desatino
Es notable atrevimiento?

And.— ¡Afirmar con tal descaro
Que los bigotes son feos!

Pab.— ¡Sostener que los bigotes
Son el adorno mas bello!

Gonz.— Pero señores, ¡por Dios!

Pasc.— Señores, por San Eufemio. . . .

And.— Es necedad increíble. . . .

Pab.— Es disparate tremendo. . . .

Pasc.— Calma, señores, cachaza. . . .

And.— Sois un fatuo.

Pab.— Sois un necio.

And.— Vos un tonto, un botarate. . . .

Pab.— Y vos un gran majadero. . . .

Pasc.— Tomasa, me siento mal. . .

Tom.— Es natural; tú tan tierno,
De corazón tan sensible. . . .

Gonz.— Paz, señores!

And.— No; ya esto
No puede quedar así;
Son insultos muy groseros,
Y es necesario acabar.
¿No quereis dar un paseo
Nocturno, do concluyamos
Nuestra discusion?

Pab.— Acepto
Con mucho gusto.

Julia.— Por Dios!. . . .

Pab.— (No, no es gusto lo que siento
Precisamente; pudiera,
Lo mismo, llamarse miedo. . . .)

Gonz.— Pero es una niñería,
Y no debeis, ni por pienso,
Tomarle de esa manera. . . .

And.— Os digo que estoy resuelto,
Y no mudo de opinion. . . .
Vamos, Pablo.

Pab.— Vamos. (Pero. . . .)

Rosa.— ¡Van á batirse, Dios mio!

Gonz.— (Están locos, no hay remedio.)

Pasc.— ¡Ay!

Tom.— ¡Qué tienes, hijo?

Pasc.—

¡Ay!

Rosa.— ¡Papá!

Pasc.— ¡El ataque de nervios!

Tom.— ¡Pascual!

Rosa.+ ¡Papá!

Julia.+ ¿Qué le ha dado?

Tom.— Ayudadme á sostenerlo. [*A Carlos.*]

Carlos.— ¡Yo! (no me faltaba mas.)

No es posible; me conmuevo

Mucho.

Gonz.— Le daremos agua.

Rosa.— Le frotaremos el pecho. . . .

Julia.— Dadle á respirar el éter.

Tom.— Parece que va volviendo. . . .

And.— No hagais caso. ¡Se habrá visto [*A Gonzalo.*]

Mas pusilánime viejo!

A nuestro asunto.

Pab.— (¡Dios mio!

No se le olvida, ¡qué terco!)

And.— Quiero que seais mi padrino. [*A Gonzalo.*]

Gonz.— ¡Yo? con mucho gusto; pero. . . .

And.— Y vos seréis el de Pablo. [*A Carlos.*]

Carlos.— No, señores, yo no puedo.

And.— ¿Os negais?

Pablo.— (Hace muy bien;

Me sacará del apuro.) [*adelantándose.*]

Carlos.— Siempre combatí con brio [*adelantándose*
con gravedad en medio de la escena.]

Esa costumbre fatal,

Bárbara é irracional,

Que autoriza el desafío

Hacer jueces del honor
La justicia y la verdad,
La ciega casualidad,
O la destreza mayor;

¿No es locura? Satisfecho
Quieren el honor dejar;
Cada cual quiere mostrar
Su razon y su derecho;

¡Ridícula pretension!
En la lucha de destreza
No vencerá la nobleza,
No triunfará la razon;

Y ya quiero suponer
Que el buen derecho venciera;
¿A un alma noble le fuera
Dulce ó glorioso vencer?

Ver á sus plantas helado
A ese cadáver sangriento,
No á la furia de un momento,
No al odio sacrificado;

Sino á la preocupacion,
A la mas absurda idea,
Que de exterminarse créa
La infernal obligacion;

Al miserable rencor
De un desden innmerecido,
A un valor mal entendido;
A un necio punto de honor;

Que por dejar satisfecho
Un honor imaginario,
Por sostener, temerario,
Algun soñado derecho,

Una falta ó un error
Quiere con sangre lavar,
Y manda un crimen borrar
Cometiendo otro mayor.

Julia.— (¡Cuánto fuego y expresion!)

And.— Perdon; mas se creeria
Que dictó la cobardía
Tan expresivo sermon. . . .

Y yo. . . .

Carlos.— La mente extraviada,
Que no distingue en su error
El verdadero valor
De necia fanfarronada,

Equivocarse pudiera;
Mas no el noble corazon,
Que la voz de la razon
Y de la justicia oyera.

Vos, que asistiérais á un duelo
Tal vez sin pestañear;
Vos, tan capaz de lidiar
Sin la sombra de un recelo;

No sabéis, por vuestro bien,
Que hay luchas desesperadas,
Luchas del mundo ignoradas,
Luchas ¡ay! que no se ven;

En que se muestra un valor
Que comprender no os es dado,
Y cuyo esfuerzo ha costado
El mas terrible dolor;

Luchas en que la razon
Es el verdugo y el juez. . . .
El mayor triunfo, tal vez,
Es triunfar del corazon. . . .

Julia.— (Me lastima su amargura.)

And.— (Me ha conmovido su acento.)

Pablo.— Hablais, Carlos, como un sabio;
Por mi parte, me convierto,
Y renuncio, desde ahora,
A toda clase de duelo:
Andrés, aquí está mi mano.

Gonz.— Vamos, Andrés, yo no quiero
Que nadie diga que es Pablo
Mas generoso.

And.— La acepto.

Pasc.— ¡Gracias á Dios! yo temia
Un desenlace funesto.

Tom.— Vamos, hijo, que ya debes
Tomar reposo.

Pasc.— En efecto,
Lo necesito bastante.

Rosa.— Adios.

Pablo.— Nosotros tendrémos
El placer de acompañaros.

Julia.— Que os mejoreis.

Pasc.— Gracias.

Carlos.— (¡Cielos!) [Vanse]

ESCENA QUINTA.

CARLOS, JULIA.

Julia.— Carlos, ¡qué viva impresion
Al escucharos sentí!

Oíros hablar así,

Me hizo bien al corazón.

Mientras nadie comprendia,

Ni por asomo siquiera,

Cuán feroz y odiosa era

La costumbre que admitia;

Vos, con fuego y expresion,

Desaprobarla sabeis;

Carlos, bien, muy bien haceis.

Carlos.—(¡Cuán penosa situacion!)

Así, ¡aprobais el calor

Con que quise demostrar

Que no es preciso matar

Para ser hombre de honor?

Julia.— ¡Oh! sí.

Carlos.— (Debo irme, y no puedo.)

Julia.— (¿Qué hacer, qué decir, Dios mío?)

Carlos.—(Recuerdo mi desvarío,

Mi locura, y tengo miedo.)

¿Estais triste, Julia?

Julia.—

No.

Carlos.—Pues á mí me parecia.

Julia.— La cabeza me dolía

Un poco; mas ya pasó.

Carlos.—(¡Cuán hermosa es!)

Julia.— *¿Y vos?*

Carlos.—*¿Yo? sabéis que no estoy triste*

Nunca, para mí no existe

La pena, ¿no es cierto?

Julia.— *(¡Ay Dios!)*

Carlos.—(¡Es un infierno este amor

Que tanto me hace sufrir!)

(Es necesario partir.)

¡Ah! se ha caído. . . . [*Se ha caído una flor
del peinado de Julia.*]

Julia.— *¡Mi flor!*

Carlos.— Flor, que un momento lozana [*Recogiendo la
A los besos se entrecabrió, flor.*]

Que en su cáliz colocó

La brisa de la mañana:

Tan fresca como esa brisa,

Bella como la ilusión,

Tierna como mi pasión,

Pura cual vuestra sonrisa.

Julia.—(¡Ay!)

Carlos.— Para ornar vuestra frente

Vuestra mano la cogió,

Y sobre ella se inclinó

Mustia, marchita, doliente. . . .

¿Fue acaso amarga tristeza

Viendo su muerte llegar?

Fué la envidia, al contemplar
Tan peregrina belleza?

No lo sé; pero morir
Después de haber conseguido
La dicha de haber podido
A vuestro antojo servir. . . .

Julia.— ¡Carlos!

Carlos.— (Sí; tiene razón;
No me puedo contener.)

Julia.— (¿Cómo hacerle comprender? . . .)

Carlos.— (¡Estalla mi corazón!)

Julia.— (No debo escucharle, no.)

Carlos.— (Si tan venturoso fuera,
Que guardar la flor pudiera
Que sus cabellos tocó. . . .)

Julia.— (¿Cómo pedirle esa flor?)

Carlos.— (¡Ay! no la debo guardar.)

Julia. . . . (Se la voy á dar. . . .)

Pero me falta el valor.)

Julia.— Carlos. . . .

Carlos.— Julia, perdonad;

No sé qué pasa por mí.

Julia.— ¿Os sentís mal, Carlos?

Carlos.— Sí;

Sufro mucho á la verdad.

(Flor que bebiera su aliento,

Ya que no puedo guardarte,

Déjame al menos llevarte

A mis labios un momento. . . .)

Julia.— (Ah!)

Carlos.— (¡Sobre mi corazón

Fuéras mi único consuelo!

¡Amargas horas de duelo

Me prepara mi pasión!)

Julia.— Carlos. . . .

Carlos.— (¡Qué importa mi pena?)

Julia, tomad vuestra flor. . . (*Extiende la mano para presentársela, indicando la poca voluntad de dársela.*)

Nunca sabreis el dolor

Que me cuesta. . . .

Julia.— ¡Magdalena!

(*Al aparecer Magdalena, se la oculta precipitadamente. Julia procura ocultar su emoción.*)

ESCENA SEXTA.

Dichos.—MAGDALENA.

Mag.— ¡Dios mío! rendida estoy;

Jamás os podré pintar

Lo que me han hecho pasar

Esos desdichados hoy.

Después de sufrir á Rosa,

Abrumarme sin piedad

Con la eterna necedad
De su insoportable prosa.

Despues que Pabloapuró,
Al fin, mi paciencia toda,
Hablándome de la boda,
Del carruage, y qué sé yo. . . .

A mi gran satisfaccion
Tuvo la ridiculez
De nombrarme árbitro y juez
De su necia discusion.

Julia.— Pues perdiste á la verdad
La escena mas animada. . . .

Mag.— No fuí poco afortunada. . . .

Carlos.— Esos necios olvidad.

Mag.— Tal vez injusta seré;
Pero no os puedo expresar
El disgusto y malestar
Que me causan.

Carlos.— Ya lo sé:

Vuestra alma pura y serena,
Y vuestra mente elevada,
No pueden comprender nada
De esas gentes, Magdalena.

De un mundo de cieno encima,
Cuando á ese mundo bajais
Sus miserias contemplais
Y su contacto os lastima.

(Dulce flor, te siento aquí
Abrasar mi corazon.)

Julia.— (Con qué fuego y expresion
Habla á mi prima. . .)

Mag.— (¡Ay de mí!
¡Qué bondad y qué dulzura. . . !)
Se lee en vuestro semblante
La expresion pura, radiante
De una inefable ventura. . .

Carlos.— Es que soy feliz. . .

Julia.— (¡Ah!)

Carlos.— Sé
Que es quimera nada mas;
Sé que esta dicha, quizás,
Con mil penas pagaré;
Sé que pronto pasará,
Que es el sueño de un momento,
Que el mas amargo tormento
A despertarme vendrá.
¡No importa! Si la ventura
Es pasagera ilusion,
Venturoso el corazon
Que á gozarla se apresura.

Mag.— ¡Muy indiscreta seré
Si me atrevo á preguntar
La causa del bienestar. . . ?

Carlos.— ¡Si yo mismo no lo sé. . . !
Preguntad á vuestra prima
Y os responderá, á fé mia,
Que es siempre una niñería
Lo que me encanta ó lastima. . .

El murmullo embriagador
De la brisa perfumada,
La noche pura, estrellada,
El aroma de una flor,

Me hacen sentir y gozar,
Inundan mi corazon
De una profunda emocion,
De sereno bienestar. . .

¡Una flor! Debeis saber
El placer embriagador
Que en conservar una flor
Marchita puede caber. . .

Julia.— (¡Ah!)

Mag.— Sí, lo comprendo bien. . .

Julia.— (¡Dicha de amargura llena!)

Carlos.— Me pareceis, Magdalena,
Hoy menos triste tambien.

Mag.— ¿Yo?

Carlos.— Sí, dulce amiga mia,
Que siempre triste, abatida,
Ocultais del alma herida
La negra melancolía;

¿Por qué verter no quereis
En un corazon amigo
La pena á que dais abrigo,
La angustia que padeceis?

Mag.— Carlos. . . (¡qué dulce expresion
De bondad y de ternura;

Es ilusion, es locura. . . .

¡Pero es tan dulce ilusion!

Carlos.— ¿No es cierto Julia?

Julia.— Sí á fé:

Es reservada en extremo. . . .

Carlos.— (¡Ay! hablarle, verla temo,

Porque es venderme, lo sé. . .)

Es tarde, me voy. Adios. . . .

Mag.— Adios.

Carlos.— La pena olvidad. [*Con dulzura.*]

Julia.— (¡Extraña fatalidad!

Fueran felices los dos!)

ESCENA SEPTIMA.

JULIA, MAGDALENA.

Julia.— ¿Qué tienes?

Mag.— Un sentimiento

De dulce felicidad,

Que ilumina el alma toda

Con un rayo celestial. . . .

La oscura nube de pena

Que cubriera sin piedad

Mi corazon dolorido

Con un velo funeral,

Descorrerse siento ahora;
Que hace el alma palpitár
Una esperanza divina.

Julia.— (Hechicera falsedad.)
¿Y cuál es esa esperanza
Que ha logrado reanimar
Tu corazón oprimido
Por desaliento fatal?

Mag.— No sé; me siento dichosa,
Y no quiero preguntar
Al corazón que abrumara
Un desconocido afán,
La causa del sentimiento
De placer y bienestar
Que lo embriaga dulcemente,
Que no ha sentido jamás.

Julia.— Es una ilusión divina,
Tan dulce como falaz,
Que abriga el alma inexperta,
Hermana, por nuestro mal.

Mag.— Es como un rayo de sol
Que lograra penetrar
De mi ignorado tormento
La profunda oscuridad
Me parece que es el mundo
Mansion de dicha y de paz,
Do por camino de flores,
Dulce y tranquilo, se vá
Deslizándose la existencia
Sin la sombra de un pesar;

Me parece que un ensueño
De luz y felicidad
Eleva el alma embriagada
A una region celestial;
Donde se olvidan los males,
Donde no llega jamás
Ni un suspiro de tristeza,
Ni un gemido de pesar.

Julia.— Sueños del alma inocente
Que, del mundo en el umbral,
De la senda que la aguarda
Vé las flores, nada mas
Sueños del alma tranquila
Que no puede sospechar
La amargura de las penas
Que no conoció jamás.

Mag.— ¡Qué dices?

Julia.— Que es triste, prima,
El corazon entregar
A una ilusion que mañana
Romperá la realidad.

Mag.— ¡Julia!

Julia.— En el amor que brinda
Una dicha celestial,
Y el corazon nos deslumbra
Con la dulce claridad
De una ventura infinita,
Que no se puede alcanzar

Mag.— ¡Julia! . . . ¡Julia! y eres tú
Que no has sufrido jamás,

Que has encontrado en la vida
Cuanto pudiste soñar;
A quien el amor ha dado
Tan pura felicidad,
Que los ángeles del cielo
La pudieran envidiar,
La que habla así?

Julia.— (No, no puedo,

Dejarla en su ceguedad,
Alimentar ilusiones
Que no debe realizar.)
Yo tengo alguna experiencia
De la vida, por mi mal,
Y si no he llorado nunca
He visto, prima, llorar:
He visto el alma luchando
Con el dolor infernal
De una perdida ilusion
¡Su única dicha quizá!

Mag.— ¿Y eres tú, prima, la misma,
Que hace un instante, no mas,
Ensalzabas del amor
La ventura celestial?
¿Que me pintabas el mundo
Como Eden de dicha y paz,
De peregrinos ensueños,
De divina realidad?

Julia.— Hay tristes presentimientos
Que nos advierten quizás. . . .

Mag.— Porque una vaga ilusion

Que no quiero precisar,
Me hace ver en la existencia
De ventura un manantial;
Porque de un sueño me dejo
Un instante arrebatar,
Me hablas de cruel desengaño,
De dicha incierta, fugaz,
Y arrojas oscura nube
De desconfianza fatal,
Sobre la dulce quimera
Que era mi consuelo ya. . . .

Julia.— ¿Te ofendes, hermana mía?

Mag.— Ha sido mucha crueldad
De tu parte, Julia, mucha;
Me has lastimado. [*Levantándose.*]

Julia.— ¿Te vas
Sin darme las buenas noches? [*Magdalena se le*
¡Corazon angelical! *acerca con dulzura.*]
¡Quién mejor que yo quisiera
Darte la felicidad!
No llores. [*La besa en la frente.*]

Mag.— Julia, perdona. . . . [*Vase.*]

Julia.— (Me faltaba nada mas [*Viéndola ir.*]
Verla padecer tambien.
¡Ese amor es infernal!
Carlos, ¿por qué me has amado,
Y por qué? . . . no, no es verdad.)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, GONZALO.

Julia al espejo probandose un peinado, dirigiendose un momento despues a Gonzalo.

Julia. — ¡Está bien?

Gonz. — A tu semblante
Peregrino, todo sienta
Bien, y ese lánguido aspecto
Te hace parecer mas bella. . . .

Julia. — (¡Ay!)

Gonz. — ¿Te sientes mala?

Julia. — No. . . .

Gonz. — Julia. . . .

Julia. — (Me faltan las fuerzas.)

Gonz. — ¿Qué tienes? No eres la misma;
No eres la Julia risueña,

Cuya serena mirada,
Cuya sonrisa traviesa,
Cual rayo alegre de sol,
Que oscura nube penetra,
El corazon extasiaba
Con su expresion hechicera:
No eres la dulce loquilla
Que, graciosa y picaresca,
Reia del mundo entero
Sin compasion y sin pena.
¿Qué tienes, luz de mi vida?
¿Por qué esa opaca tristeza
Sobre tu frente, en un tiempo
Tan despejada y serena,
Se atreve á grabar ahora
Su desgarradora huella?
¿Qué sufrimiento terrible,
Qué pesadumbre secreta
Devora tu corazon
Y consume tu existencia?
¿Qué tienes?

Julia.— Nada, Gonzalo;

No padezco, no lo créas;
Son visiones de tu afecto
Que por un sueño se inquieta. . . .
Estuve enferma, lo sabes;
Y esa invencible tristeza
Resultado fué de un mal
Que ha pasado ya, no temas. . . .

Gonz.— ¡Ojalá, Julia, ojalá

Digas verdad! Si supieras
Cuánto me hace padecer
La desoladora idea
De no hacerte ya feliz,
Como en un tiempo te hiciera! . . .

Julia.— ¡Gonzalo!

Gonz.— Por evitarte,
Aun la sombra de una pena,
¿Qué no diera yo, mi bien?
¿Qué sacrificio pudiera
Serme penoso?

Julia.— Gonzalo,
Lo sé; tu bondad inmensa,
Tu inalterable cariño,
Tu solicitud tan tierna,
No se han desmentido nunca;
Me has dado, pura y sin mezcla,
Cuanta dicha el corazón
Pedir, ó soñar pudiera.

Gonz.— ¡Es que te amo tanto, Julia!
Es que tu dulce presencia
Es para mí, vida mía,
La felicidad suprema.

Julia.— (¡Corazón rebelde, ingrato,
Este corazón desprecias!)

Gonz.— Así ¿te sientes mejor?

Julia.— Sí, en verdad.

Gonz.— ¡Bendita seas
Por esa seguridad
Que de consuelo me llena! . . .

Cuántas veces, al mirarte
Sumida en honda tristeza,
Evitar, al parecer,
De mi ternura las muestras. . . .

Julia.— (Ah!)

Gonz.— Traspasó el corazon,
Como envenenada flecha,
Un pensamiento terrible,
Cuyo recuerdo me hielas. . . .
Pensé que ya no me amabas. . . .

Julia.— ¡Gonzalo! ¡Suerte funesta!
Es una horrible agonía.)

Gonz.— ¡Pensar que mi vista huyeras!
¡Pensar que era para tí
Un tormento mi presencia!. . . .

Julia.— ¡Corazon, sufre y devora
Esta tortura sangrienta!)
Gonzalo. . . .

Gonz.— Te has puesto, ahora,
Mas pálida. . . .

Julia.— Nada temas;
Es un desvanecimiento
Que me ataca la cabeza,
Y que ya pasó.

Gonz.— Estás fría. . . . [*Tomándole las*

Julia.— ¡Yo? no sé. . . . *manos entre las suyas.*]

Gonz.— Tu mano tiembla. . . .

Julia.— No es nada. Conque á pesar [*Con ligereza.*]
De mi palidez, encuentras
Que me cae bien este adorno?

Gonz.— Por supuesto.

Julia.— ¿Que estoy bella?

Gonz.— ¡Como un ángel!

Julia.— Pues, entonces,

No voy á ser tan modesta. . . .

¡Yo que adornarme evitaba

Porque me encontraba fea!

Gonz.— ¡Tú!

Julia.— Para el próximo baile,

No conocerás la enferma

Que, pálida y abatida,

Tanto te aflige é inquieta.

Gonz.— ¿De veras?

Julia.— Pienso ponerme

Un peinado de camelias,

Un traje color de rosa;

Voy á ser mona, coqueta;

Voy á conseguir, en fin,

Trastornarte la cabeza.

Gonz.— ¡Y te será tan difícil!

Pero ¿lloras?

Julia.— ¿Yo? ¡qué idea!

(¡Ay! ¡la pasión maldecida

Que el corazón alimenta,

No con lágrimas tan solo,

Con sangre, llorar debiera!)

Gonz.— *Julia.* . . .

Julia.— ¿Qué tienes?

Gonz.— No sé. . . .

Esa lágrima. . . .

Julia.— No creas
Esas visiones que solo
Forja tu ternura extrema. . . .
Mira mis ojos.

Gonz.— ¡Mas bellos
Que el sol cuyo fuego encierran!

Julia.— ¡Adulador! Tú me mimas;
(¡No puedo mas!) Tú me echas
A perder con tus lisonjas.

Gonz.— Pues si estás mejor, quisiera
Salir un momento; tengo
Una cita. Mas ¿te quedas
Sola?

Julia.— No; voy á llamar,
Al instante, á Magdalena.

Gonz.— Adios. [*Le besa la mano repetidas veces.*]

Julia.— Adios. (Era tiempo;
Se han agotado mis fuerzas. . . .)

ESCENA SEGUNDA.

JULIA.

Ya estoy sola, por fin; ¡sola! luchando
Con un amor que mi existir devora;
De mi rebelde corazon contando
Los latidos de amor, hora tras hora.

Lucha fatal en que la voz helada
De la razon severa no se entiende;
Lucha cruel en que el alma desolada
Que es invencible su pasion comprende:

Amor que el corazon no sospechaba,
Y allá en el fondo por su mal dormía;
Que el dulce nombre de amistad tomaba. . . .
Y se despierta gigantesco un día.

Culpable y doloroso sentimiento
Que me hace con horror mirar la vida;
Y en la angustia de atroz remordimiento,
Arroja el alma, de dolor henchida.

¿Dó están las horas de tranquila calma,
En que feliz á mi ilusion refa;
En que dichosa é inocente el alma,
Ni el dolor, ni la lucha comprendía?

Perdidas en la niebla del pasado;
Bien lejos ¡ay! del corazon doliente,
No volverá su resplandor dorado
A bañar puro, mi marchita frente.

Carlos, acaso por mi mal he sido
Quien aticé de tu pasion la llama;
Alimentando en mi infantil descuido
El fuego del amor que nos inflama.

Yo, que no viera, en mi candor de niño,
La huella de ese amor sobre tu frente;
Y que tomé por fraternal cariño
La honda expresion de tu pasion ardiente.

Esa marchita flor que, en mi embeleso,
Dejarle pude, de valor escasa,
En cuyas hojas imprimiera un beso,
Cuyo recuerdo el corazon abrasa;

Es un negro, tenaz remordimiento
Que me acosa, sin tregua, á toda hora;
Que no deja reposo, ni un momento,
Al alma inquieta que padece y llora. . . .

¡Olvidar insensata la ternura
De ese hombre, á quien jurara amor eterno;
Que cifra en mí su bien y su ventura,
Que me idolatra con cariño tierno!

Y tú, mi cariñosa Magdalena,
Que has cifrado la dicha de tu vida
En ese amor que tu existencia llena,
De tu alma tierna, aspiracion querida;

¡Qué sentirás al despertar mañana
De ese adorado sueño de ventura;
Al saber ¡ay! que en su pasion insana,
Desdeña tu pasion cándida y pura!

¡No tengo fuerzas ya! Es imposible
Resistir esta lucha, que me mata,
Entre un amor profundo é invencible,
Y mi deber que desconozco ingrata. . . .

Y es preciso vencer, aunque debiera
Hacer mi triste corazon pedazos;
Aunque la paz que, por mi mal, perdiera,
Encuentre solo, de la muerte en brazos.

ESCENA TERCERA.

JULIA, MAGDALENA, (por la derecha.)

Mag.— ¿Se fué Gonzalo?

Julia.— Se fué.

Hace un momento.

Mag.— ¿Y aquí

Te has quedado sola?

Julia.— Sí.

Mag.— No me llamaste, ¿por qué?

Julia.— Perdona. . . .

Mag.— Para entregarte

Con libertad á tu pena,

Para llorar.

Julia.— ¡Magdalena!

Mag.— Sin que pueda consolarte.

Tú que te quejaste un día

Porque abatida lloraba,

Y el pesar que me abrumaba

Negarte, prima, quería.

¿Por qué, hundida en tu dolor,

Que solitaria devoras,

Pasas llorando las horas?

Julia.— Magdalena, es un error.

Mag.— Y te obstinas en negar

Que lento dolor te mata,

Y no lo quieres, ingrata,
A mi cariño confiar.
¿Quién tu profundo quebranto
Mejor que yo comprendiera?
¿En qué corazón cayera
Con mas confianza tu llanto?

Julia.— Magdalena, no has podido
Comprender, en tu candor,
Cuánto se aumenta un dolor
Sofocado y combatido:
No sabes que hay sufrimientos
Que no se pueden confiar,
Que debe el alma ocultar
Sofocando sus lamentos;
Dolores que el alma herida
Cubrir quisiera, en su duelo,
Con el engañoso velo
De tranquilidad mentida;
Pues si, un instante, mirar
Quiere su dolor de frente,
Si de la angustia que siente
Quiere su causa buscar,
En su profunda aflicción,
Al encerrarse en sí mismo,
Retrocede ante ese abismo
Espantado el corazón.

Mag.— ¡Julia!

Julia.— Turbara el candor
De tu alma pura y serena,
Derramando, Magdalena,
En tu seno mi dolor.

Mag.— El alma noble y valiente
Que sabe sentir y amar,
Puede, sin temor, mirar
Todas las penas de frente.

No hay tan terrible afliccion
Que á sorprenderme llegara,
No hay pena que no encontrara
Un eco en mi corazon.

Julia.— Magdalena.

Mag.— Si calmar
No pudiera tu quebranto,
Puedo con tu amargo llanto
Mi llanto de amor mezclar.

Puedo padecer contigo,
Y darte el triste consuelo
De que llores en tu duelo
Sobre un corazon amigo.

Y si mi paz, mi ventura,
Fuera necesario dar
Para poderte evitar
Una gota de amargura,

Sabes bien que ni un momento
Tu Magdalena dudara,
Y tu ventura comprara
A costa de su tormento.

Lo sabes bien.

Julia.— ¡Magdalena!
Angel de paz y candor.
(De confusion y rubor

Su dulce afecto me llena.)

Prima.

Mag.— Si te hago llorar. . . .

Julia.— Es un llanto de ternura
Que consigue, la amargura
De mis penas, aliviar.

Pero ¡es una niñería!
¡Tú estás llorando también!
¡Vamos! eso no está bien;
Voy á reñirte, á fê mia.

Mag.— Pero, Julia. . . .

Julia.— Ven aquí
A mi lado; sin bajar
Los ojos; vamos á hablar
Tambien un poco de tí.
Tu tristeza.

Mag.— Ya pasó.

Julia.— ¿No sufres ya, prima mia?

Mag.— Mientras luchaba sufría;
Hoy ya la lucha cesó.

Julia.— ¡Luchar tú con ese amor
Puro cual alma de niño!
¡Combatir ese cariño
Lleno de santo candor!
¿Por qué?

Mag.— Cuando comprendí
Que, por mi mal, abrigaba
Ese amor que me abrasaba,
De angustia, me estremecí.

Quise con fuerza luchar
Con ese afecto naciente,
Del alma quise, valiente,
Ese cariño arrancar.

¡Inútil intento fué!
Mientras mas lo combatia
Mas ese afecto crecia.

Julia.— (¡Ay! demasiado lo sé.)

Pero ¿por qué ahogar así,
De ese amor, la pura llama?

Mag.— Porque él, Julia, no me ama.

Julia.— Él.

Mag.— Lo sé bien.

Julia.— (¡Ay de mí!)

Mag.— Y mi orgullo rebelaba
Abrigar, aun en secreto,
Un cariño, cuyo objeto
Insensible se mostraba.

Hubo, sin embargo, un día
En que una bella ilusion
Iluminó el corazon
Con un rayo de alegría;

En que, la dulce ternura
De su expresion y su acento,
Me hizo soñar un momento
Con un cielo de ventura.

Julia.— (¡Ah!)

Mag.— Después, al despertar,
Del blando sueño encantado,

Sentí que no me era dado
Ese afecto sofocar;
Que indiferente, ó querida,
En el cielo ó el infierno,
Era mi cariño eterno,
Era la luz de mi vida:

Y ya no quise luchar,
A ese amor me resigné;
Julia, ¡cuánta dicha hallé
Solo en amar por amar!

Julia.— (¡Ay Dios!) ¿Tanto lo amas?

Mag.— Tanto,

Que no hay tan tierna expresion
Que pueda de mi pasion
Expresar el fuego santo.

Tanto, Julia. . . .

Julia.— (¡Ay!) ¿Y por qué

Obstinarte en creer, así,
Que Carlos no te ama? dí,
¿Por qué?

Mag.— Lo siento, lo sé.

Julia.— ¿Y si fuera un loco error?

¿Si te amara, prima mia?

Mag.— ¡Él! Julia, me moriría

De felicidad!

Julia.— (¡Valor!)

Yo tengo la conviccion
De que te ama tiernamente,
De que lo que sientes, siente.
(No vaciles, corazon. . . .)

Mag.— ¡Si fuera cierto! No creas
Que temo. . . . pero en verdad. . . .
¡Es mucha felicidad,
Hermana, bendita seas!

Julia.— (Es necesario cumplir
Lo que le he hecho esperar;
Carlos, la debes amar. . . .
Pero me siento morir.)
Espera á Gonzalo aquí.

Mag.— ¿Te vas?

Julia.— Sí; quiero, un momento,
Estar sola.

Mag.— Mas. . . .

Julia.— Me siento
Bien.

Mag.— Pues lo quieres así,
Sea; pero á una condicion:
Si sientes el malestar
Mas leve. . . .

Julia.— Te hago llamar.
(¡Cuánto sufres, corazón!)

ESCENA CUARTA.

MAGDALENA.

¡Pobre Julia! ¡Qué dolor,
Descesperado y tenaz,
Despedaza, en su furor,

De su existencia la flor,
Y roba á su alma la paz?
¿Cuál es la lenta agonía
Que le roe el corazón?
¿Esa angustia sorda, impía,
Que la sume, noche y día,
En la mas negra afliccion?
¿Qué dolor hace sufrir
Su alma cándida y serena?
¿Qué pena puede sentir,
Que la está haciendo morir,
A ella, tan dulce, tan buena?
¡Pobre Julia! y consolar
No me es dado su quebranto;
Verla sufrir y llorar,
Y no poder enjugar
Con mi carísimo su llanto.
¿Por qué, con obstinacion,
Querer ocultarme á mí
Su honda desesperacion,
La causa de la afliccion
Que la hace sufrir así?
¡Ay! yo tambien me negaba
A confiarle mi dolor;
Tambien mi pena ocultaba. . . .
Era porque me llenaba
Esa pena de rubor.
Y ahora, ¿que pasa por mí?
¿Vuelvo de nuevo á soñar?
Yo, que un instante dormí,

Que en la ventura creí. . . .

¡Y es tan triste despertar!

¿Qué siente el alma exaltada

En mil delirios perdida,

Por el temor agitada,

Por la esperanza embriagada,

Y por la duda oprimida?

En extraña confusion,

Mil distintos sentimientos

Turban la imaginacion,

Y agitan mi corazon

Mil goces y mil tormentos.

¡Ser amada! Es realizar

Nuestra ilusion adorada,

Es vivir, es respirar,

Es sentirnos trasportar

A una region encantada.

Dulce acento que destierra

Hasta la sombra del duelo,

Que dicha inefable encierra,

Que hace soñar en la tierra

La felicidad del cielo.

Delicioso sentimiento

Que santo, inmenso, ideal,

No empaña, un solo momento,

Un mezquino pensamiento

Su pureza celestial.

Mas yo, que tanto he sufrido,

Yo, que en mi duro quebranto,

En mi corazon herido,

La amargura he recogido
De mi sofocado llanto:
¿Puedo dejarme llevar
De esa ilusion tierna y pura?
¿Puedo ese sueño abrigar?
¿Puedo creer y esperar
Esa inefable ventura?

ESCENA QUINTA.

MAGDALENA.—CARLOS.

Carlos.— Sola, entregada tal vez
A mil dulces pensamientos;
En la grata compañía
De una ilusion ó un recuerdo,
Olvidada estais del mundo,
Magdalena, segun veo.

Mag.— Carlos. . . .

Carlos.— Y si he de juzgar
Por el rubor hechicero
Que, al escuchar mis palabras,
Cubre vuestro rostro bello;
Por esa vaga sonrisa,

Por el conmovido acento,
Por la tímida mirada,
Que ocultar quiere su fuego
Bajo las negras pestañas
Que no pueden contenerlo;
Alguna ilusion querida,
Algun cariñoso ensueño,
Vuestra mente atravesaba
Con su divino reflejo,
¿No es verdad?

Mag.—

Carlos. . . .

Carlos.—

La nube

De tristeza y desaliento
Que vuestra cándida frente
Cubriera con denso velo,
Se ha cambiado en la expresion
De un goce dulce y sereno,
Que vuestro rostro ilumina
Con apacible destello.
¿Sois dichosa?

Mag.—

Creo que sí.

Carlos.—¿Creeis solamente?

Mag.—

Lo creo. . . .

Lo dudo á veces.

Carlos.—

(¿Y Julia?)

(A preguntar no me atrevo
A su prima. . . .) Sé muy bien
Que reservada en extremo,
No podré de vuestros labios
Arrancar vuestro secreto;

Soy para vos, sin embargo,
Un amigo verdadero,
Que os ama.

Mag.— (¡Ay Dios!)

Carlos.— Que querría

Que tranquilo y satisfecho
Vuestro corazon latiera,
Sin la sombra de un tormento.

Mag.— Lo sé, Carlos, lo sé bien;
Y en el alma os agradezco
Vuestra amistad afectuosa,
Vuestro cariño sincero. . . .
No es negaros mi confianza,
Ni ocultaros mi secreto,
El deciros que no sé
Con claridad lo que siento:
Momentos hay en que sufro
Un malestar sordo, incierto,
Que me oprime el corazon,
Y que cubre los objetos
Mas alegres, con la sombra
De tristeza y desconsuelo;
Pero hay momentos tambien
En que dichosa me creo;
En que contemplo la vida
Bajo un aspecto tan bello,
Que un porvenir celestial
En mi ilusion entreveo.
Pero no sé por qué gozo,
Ignoro por qué padezco;

Ni el motivo de mi pena,
Ni de mi dicha, comprendo:
Sé tan solo que es bien corta
La ventura de un ensueño;
Que se desvanece pronto
Su resplandor pasagero. . . .

Carlos.— Magdalena, vos que estais
Entrando en la vida ahora,
Cuya alma tranquila dora
La luz de blanca ilusion;
Vos, que, feliz y risueña,
Sentís deslizar la vida,
Por los ensueños mecida
De ardiente imaginacion;
Esperais en la ventura,
Porque vuestra alma serena
No conoce, Magdalena,
Lo que es sufrir y llorar;
Porque pensais que ese sueño,
Que sigue inquieta la mente,
Realizado dulcemente
Llegaréis á contemplar.
Y no sabeis lo que sufre
El corazon dolorido,
Por la cruel angustia herido
De una triste decepcion:
Y no sabeis que nos cuesta
Amargo y sangriento llanto
El embringador encanto
De una pérvida ilusion.

¡Alma pura y candorosa!
Llena de paz y cariño!
¡Limpio corazón de niño,
Que no ha conocido el mal!
¡Plegue á Dios que vuestro sueño
De luz, de amor y de flores,
No empañe con sus dolores
Un desengaño fatal!

Mag.— ¿Y pensáis, Carlos, que nunca
He llorado y padecido?

¿Pensáis que no he conocido
Ni aun la sombra del dolor?

¿Pensáis que mi vida toda
Delicioso ha iluminado,
De dulce sueño encantado,
El peregrino fulgor?

No; mil veces ha corrido
Por mis mejillas el llanto;
Mil veces, hondo quebranto
Lastimó mi corazón;

Mil veces, un sentimiento
De inquietud triste y extraña,
Mis ilusiones empañó
Con dolorosa impresion.

Carlos.— Pero esa tristeza pasa
Como la nube ligera,
Que un solo instante pudiera
La luz del sol ocultar;
Y queda vuestra alma limpia
Como el azul de los cielos,

Sin las nubes de recelos,
Sin las sombras del pesar.

Y ¡quereis saber la causa
De esa inquietud triste y vaga
Que os atormenta y halaga
En variada sensacion?

No bajeis, amiga mia,
Esa limpida mirada
Que me interroga espantada
Con graciosa confusion:

Es porque el alma inocente
Que aun á sí misma se ignora,
Empieza á agitar ahora
La necesidad de amar:

Es que el corazon dormido,
A la vida despertando,
Suspira triste anhelando
Otro corazon hallar.

Mag.— Y podeis imaginaros

Carlos.—Tal vez la exaltada mente
Ofrece culto ferviente
A algun objeto ideal;
Y con las propias virtudes
De vuestra alma inmaculada,
Le formais embelesada
El mas bello pedestal .

Mag.— Carlos; ¡por Dios! (¡Ay! acaso,
Por mi mal comprendería
¡Oh! no, no me lo diria.)

Carlos.—No os ruboriceis así.

Mag.— Es que la sospecha extraña
Que cruza por vuestra mente

Carlos.—¿Vuestro corazón no siente
Que es muy exacta?

Mag.— (¡Ay de mí!)

ESCENA SEXTA.

Dichos.—JULIA.

Julia.— (¡Magdalena! ¡Carlos! ¡ah!)

Carlos.—Julia.

Mag.— ¿Qué tienes? Dá miedo
Tu espantosa palidez

Carlos.—¿Qué tenéis?

Julia.— No es nada.

Mag.— Temo
Que se halle mala

Julia.— Te engañas

Carlos.—¿Os sentís mal?

Mag.— Hace tiempo
Que pálida y abatida,
Devorada por un lento,
Inconsolable dolor,

Que no vencen sus esfuerzos,
Su salud se debilita

Carlos.—(¡Ella!)

Julia.— ¡Magdalena!

Carlos.— (¡Cielos!)

Mag.— Ni mis quejas cariñosas,
Hijas de mi afecto tierno,
Ni mis súplicas constantes,
Ni mis cariñosos ruegos,
Arrancarle han conseguido
De su dolor el secreto,
Ni calmar, un solo instante,
Su profundo sufrimiento. . . .

Julia.— ¡Magdalena!

Carlos.— ¿Y es posible?

Julia, ¿vos sufrís? ¿es cierto?

Julia.— No, Carlos; son ilusiones
De Magdalena, son sueños:
No lo creais.

Carlos.— ¡Vos tambien
Padeceis! (No sé qué siento.)

Julia.— Carlos

Carlos.— (¡Ella padecer!

¡Ella, el corazon sereno
Que el dolor no comprendia,
Sufrir, llorar en silencio!)

¡Julia!

Mag.— ¿Te sientes mejor?

Julia.— Estoy bien. (¡Cuánto padezco!)

Carlos.— ¿Qué teneis, Julia? ¿qué causa



Ese triste abatimiento?

¿Qué os hace sufrir así?

Julia.— Nada, Carlos; un ligero

Malestar una opresion

Debilidad (¡ay!)

Mag.— Yo pienso

Que un mal grave

Julia.— ¡Qué locura!

No lo creas.

Carlos.— En efecto,

Esa palidez extraña,

Ese triste desaliento

(No sé qué locas ideas,

Qué delirantes ensueños,

Abrasan mi corazon

Y trastornan mi cerebro)

¿Desde cuándo os sentís mal?

Julia.— Hace me parece creo . . .

Carlos.— No sabia nada.

Mag.— Gracias

Al desesperado esfuerzo,

Que sobre sí misma hace

Para vencerse.

Julia.— (Yo tiemblo)

Mag.— El dia siguiente á aquel

En que Andrés y Pablo

Carlos.— (¡Cielos!)

Mag.— Tuvieron esa disputa,

Tan majadera como ellos

Julia.— Magdalena, estás cansando

A Carlos; por Dios, hablemos
De otra cosa. (¡Qué suplicio!)

Carlos.—(Padece desde el momento
En que atrevido mi labio
Dejó escapar el secreto
De la pasión insensata,
Que hace mi vida un infierno.
¿Qué debo pensar? No sé
¡Me vuelvo loco!)

Mag.— Un efecto
De la penosa impresión

Julia.— Prima ¡por Dios!

Carlos.— Los enfermos
Son como niños mimados,
Es preciso obedecerlos;
Y pues á Julia disgusta
La conversacion

Julia.— Es cierto.

Carlos.— Debemos cambiarla.

Julia.— Gracias.

Carlos.— Vos que sois hasta el extremo [*A Magdalena.*]
Compasiva, y tomáis parte
En los dolores ajenos;
Vos, que buena y generosa
Aliviais los sufrimientos
Haciendo de vuestro llanto
El bálsamo del consuelo;
¿Tratareis de consolarme
A mí que tanto padezco?

Mag.— ¿Vos?

Julia.— (¡Ay!)

Carlos.— Sí; yo, Magdalena,

Yo que vivo en un infierno
De dolor insoportable,
De espantoso sufrimiento:
Yo, que perder la razón
A cada momento temo,
En la dolorosa lucha
De mil contrarios afectos:
Yo, mi buena y dulce amiga,
Que ni esperanza conservo
De que algún día se calme,
Mi insoportable tormento.

Julia.— (¡Ah!)

Carlos.— Es un goce egoísta,
Magdalena, lo confieso;
Pero es tan dulce encontrar
De nuestras penas el eco
En un corazón que llora
Con el llanto que vertemos
¿No es verdad, Julia?

Mag.— (¡Me habla
Con tanta bondad y afecto!
Si Julia no se engañara)

Julia.— (¡No quisiera comprenderlos!)

Carlos.— Después de haber padecido
Solo, aislado, sin consuelo:
Abatido, devorando
Mi padecer en silencio;
¿No es perdonable que sueñe

La felicidad del cielo,
Si por un dulce delirio
Arrebatado un momento,
Juzgo que hay un alma tierna
Que sufre cuando padezco,
A quien mis penas destrozan,
A quien hieren mis tormentos?
¿No es cierto, Julia?

Mag.—

Yo, Carlos,

Sé muy bien que es el consuelo
Mas dulce del alma herida,
Hallar un amigo acento
Que cariñoso adormezca
Nuestros dolores acerbos:
Una mano delicada
Que levante, con esmero,
Los mil velos con que cubre
El pudor nuestro tormento:
Un corazon afectuoso
Que borre, con llanto tierno,
Las huellas que guarda el alma
De un llanto de hiel y fuego.

Carlos.—Teneis` razon, Magdalena,
Vuestro corazon entero
Se pinta en esas palabras,
¿Qué decís, Julia?

Julia.—

Yo creo

Que necesaria seria
La seguridad, al menos,

De que sufran por nosotros.
(¡Ay Dios! me falta el aliento.)

Carlos.—(¿Qué quiere decir?)

Julia.— Si acaso

Ese corazon, tan tierno,
Llora por sus propios males,
Sin cuidarse de los nuestros,
Fuera pretension bien rara,
Y bien temerario empeño,
A mi parecer

Carlos.— (¡Dios mio!)

Mag.— Pero Julia

Julia.— (¡Qué tormento!)

Carlos.—Teneis razon, por mi vida, [*Con tono lastimado.*
Y fuera bien raro y necio
Si en un mundo que se inquieta
Tan poco del mal ageno,
Pretendiera, temerario,
Hallar una alma de fuego,
Capaz de llorar conmigo,
Y de sentir lo que siento.

Julia.— (¡Ah!)

Mag.— ¡Carlos! Lo has ofendido. [*A Julia, bajo.*]

Julia.— (¡Es mucho sufrir! no tengo
Animo ni fuerzas.)

Mag.— Carlos,
No ha tratado de ofenderos;
Es su carácter tan solo
Siempre á la broma dispuesto

Carlos.—¡Pobre Magdalena! He sido

Yo, tal vez, quien, sin quererlo,
Acabo de lastimarla
En un arrebato ciego.
Julia, perdonad.

Julia.— *¿Acaso*
Me habeis ofendido?

Carlos.— *Siento*

Julia.— No, Carlos.

Mag.— *(¡Con qué frialdad*
Le contesta! ¡Qué le ha hecho,
Él, siempre tan afectuoso,
Tan complaciente, tan bueno?)

Carlos.— *(¡Qué indiferencia! ¡qué pronto*
Miro á mis plantas deshecho
El ensueño peregrino
Que me embriagaba un momento!)

ESCENA SEPTIMA.

Dichos.—ANDRES.—PABLO.

And.— Buenos dias

Pab.— *Magdalena*

And.— Julia, Carlos. [*Pablo se sienta junto á Mag-*
dalena, y Andrés cerca de Julia.]

- Mag.*— (Estos necios
Solamente nos faltaban.)
- Pab.*— Me han dicho que estais enfermo. [*A Carlos.*]
- And.*— Avergonzados estamos,
Y mil perdones tenemos
Que pedir, por la escena
Penosa
- Mag.*— (¡Gracias al cielo!
No es malo que lo conozcan.)
- Julia.*— Es un placer verdadero
Para mí, que no tuviera
Un desenlace funesto.
- And.*— Gracias.
- Pab.*— Estais, Magdalena, [*A Magdalena.*]
Bella, encantadora.
- Mag.*— ¿Cierto?
- Pab.*— Tienen vuestros dulces ojos
Un brillo
- Mag.*— Pues lo celebro.
- And.*— Estais muy pálida, Julia. [*A Julia.*]
- Julia.*— He estado enferma.
- And.*— Lo siento;
Pero esa palidez misma
¡Qué bien os queda!
- Julia.*— No puedo
Dudarlo. [*Con una sonrisa.*]
- And.*— Cuando la luna,
Espesas nubes rompiendo,
Muestra su faz esplendente
En el azul de los cielos,

Es menos bella, sin duda,
Que vuestro semblante bello
Que ilumina, que embelesa,
Que embriaga. . . .

Julia.— ¿Conque haceis versos?

And.— ¡Yo? No, Julia, os engañais. . . .

Julia.— Es que ese discurso lleno
De expresion y poesia. . . .

And.— (Pues si acabo de aprenderlo. . . .)

Pab.— El amor es bella cosa, [*A Magdalena.*]
Magdalena, no lo niego;
Muy dulce, muy agradable;
Pero, en verdad, no comprendo
Eso del pan y cebolla
Que repiten tantos necios,
Sin saber ni lo que dicen. . . .
En estos dichosos tiempos,
El dinero mucho vale,
Y mucho alcanza el dinero.

Mag.— Sí. . . . puede ser. (¡Qué fastidio!)

Carlos.— (¡Con qué desdeñoso aspecto
Ha escuchado mis palabras!
La ofende mi amor inmenso,
Y tiene razon, mi crimen
Es ese amor que no puedo
Vencer, y que es mi tortura,
Y mi vida al mismo tiempo.)

Julia.— (No puedo sufrir á este hombre.)

Mag.— Carlos, estais triste, inquieto. . . . [*A Carlos.*]

¿Conservais aun la penosa

Impresion. . . ?

Pab.— (¡Pues estoy fresco!

Me deja con la palabra

En la boca.)

Julia.— Ya lo creo, [A *Andrés.*]

Sois tan galante y amable!

Carlos.— (¡Y que soporte á ese necio!)

Pab.— Magdalena, yo os suplico [*Llamando la aten-*

Que me presteis un momento *cion de Mag-*

De atencion; pues debo hablaros *dalena.*]

De un asunto grave y serio.

Mag.— (¡Paciencia!)

Pab.— Ya comprendeis

Que los hombres de talento. . . .

And.— La primera vez que tuve [A *Julia.*]

La dicha, Julia, de veros,

Sentí una impresion furiosa,

Me dió el corazon un vuelco,

Se me deslumbró la vista. . . .

Julia.— Padeceréis de los nervios;

Es preciso que os cuideis.

Pab.— Os repito, pues, que siento [A *Magdalena.*]

Un amor que no me quita

Ni el apetito ni el sueño,

Es verdad, pero que me hace

Sufrir mucho.

Mag.— Pues me alegro. . . .

Pab.— ¿Os alegráis de que sufra?

Mag.— No; quise decir, lo siento.

- Pab.*— (Está triste, preocupada;
Me parece que hago efecto.)
- And.*— ¡Sois tan bella! ¡hay un encanto [A Julia.]
Tan delicioso, tan tierno
En vuestra dulce sonrisa,
En vuestro divino acento,
Que pierdo á veces el juicio. . . .!
- Julia.*— (No pierde mucho, por cierto.)
- And.*— Y que loco, arrebatado,
Vencer no puedo el anhelo
Delirante de imprimir
Un dulce y ardiente beso
En esa mano divina. . . .
- Carlos.*— (Es demasiado; no puedo
Contenerme mas.)
- Julia.*— ¡Andrés!
- And.*— ¿Os ofendeis? Estoy lejos
De haber tratado. . . .
- Julia.*— Hasta ahora,
No he pensado ni un momento
Que tratárais de ofenderme,
Ni de faltarme al respeto.
Hay bromas que, sin embargo,
Me molestan en extremo;
Y os suplico me eviteis
El disgusto de tenerlo
Que repetir á menudo. . . .
- And.*— ¡Pero señor! no comprendo. . . .
Los amigos, me parece,
Que tienen ciertos derechos. . . .
¿No es verdad, Carlos?

Carlos.— Ignoro

De que se trata.

Pab.— Yo quiero [A *Magdalena.*]

Que comprendais que os haría

Muy feliz. Pero ¿qué es eso?

¡Si no se cuida de oirme!

¡Está embelesada viendo

A Carlos!

Carlos.— Hay muchas clases

De amigos.

Julia.— Hay, en efecto,

Bien pocos dignos de un nombre

Tan sagrado.

And.— Por supuesto.

Julia.— Hay amigos que los santos

Deberes desconociendo,

Que les impone ese nombre,

Que comprender no supieron,

De la amistad profanando

Los sagrados juramentos,

Venden la tierna confianza

De aquel que, amante y sincero,

En su cariño creía,

En ellos confiaba ciego.

Y no son los corazones

Corrompidos y perversos

Solamente, los que encuentran

Naturales tales hechos;

Almas que nunca manchara

La mentira con su aliento,

Corazones que se precian
De generosos y rectos,
De su deber inflexible
Las leyes desatendiendo,
La santa amistad traicionan,
Tal vez, sin remordimiento. . .

Carlos.—(¡Ay!)

Julia.— (¡Cuanto mal le he causado!)

Carlos.—(¡Tiene razon! lo merezco!)

And.— Una traicion, á fè mia,
Es un delito may feo.

Carlos.—(¡Sin remordimientos dice!
¿Qué es, pues, el dolor inmenso
Que me consume y me mata?
¿Qué las torturas, sin cuento,
Que hacen el alma pedazos,
En un combate tremendo?)

Mag.— Carlos ¿qué teneis? [*Cambiando de lugar y
acercándose á Carlos.*]

Carlos.— ¡Yo? nada.

Mag.— Pálido estais como un muerto. . .

Carlos.—Nada, Magdalena. . .

Mag.— ¡Carlos!

Carlos.— Es que ya sufrir no puedo, [*Con desesperacion.*]
Es que las fuerzas me faltan,
Es que me ahogo y me muero,
Es que mi suerte maldita
Me ha condenado á un tormento
Que mis entrañas desgarran. . .
No sabeis cuánto padezco!

Mag.— ¡Carlos!

Carlos.— En la muerte sola
Puedo encontrar el sosiego.

Mag.— ¡Carlos! ¡Carlos! no me habéis
De ese modo, me daís miedo. . . .
¡Y no poder aliviarlo!
¿Qué hacer?

Carlos.— Dejadme; no debo
Haceros sufrir. . . . ¡Dejadme!
Que mi destino funesto
Siembra lágrimas y luto
Donde quiera que me acerco. . . .

Mag.— ¡Sois bien ingrato!

Carlos.— ¡Llorais,
Magdalena? Nó, no quiero
Que vos lloréis. (¡Pobre niña!)
Vedme, ya estoy mas sereno,
Ya estoy mejor. . . . Me habeis dado,
Mi dulce amiga, el consuelo
Unico que en mis dolores
Pudiera encontrar, el tierno
Llanto de una alma sensible. . . .

Mag.— Guardad, pues, como un recuerdo,
Esta flor. [Dándole una flor.]

Julia.— (Oh! no ¡Dios mio!
¡Señor, Señor, que os he hecho!)

Carlos.— ¡Gracias, Magdalena, gracias!

Mag.— Acordaos que os la ofrezco,
Como prenda de amistad
Sincera y pura.

Carlos.— La acepto,

Magdalena, llena el alma
De vivo agradecimiento. . . .

Pab.— (¡Le da flores!) No faltaba

Mas. . . . por vida de. . . . [*Levantándose, lo mismo que Andrés.*]

And.— (¡Bueno!

No entiende lo que le digo,
Ni me contesta ¿qué es esto?)

Mag.— (Tal vez he sido imprudente:
Si sospechara. . . . yo tiemblo!)

Carlos.— (¡Qué diferencia, Dios mío,
Entre las dos! El desprecio
De la una me desgarró
El corazón, y el afecto
Inocente de la otra
Trata de calmar mi duelo. . . .
¡Dos flores! La una arrancada
A la emoción de un momento;
Prenda la otra de un cariño
Tan puro como sincero!
¡Y la amo con toda el alma!
Y no hay combates ni esfuerzos
Que del corazón arranquen
Tan culpable sentimiento! . . .)

Pab.— (No, yo no puedo sufrirlo;
No señor; si me enveneno
Cada vez que le dirige
Una mirada

And.— (¡Soberbio

Papel hago! ¡me he lucido!
Lo mas triste es que no encuentro
Sobre quien caiga, terrible,
De mi indignacion el peso.)

Julia. — (¡Dios mio! ¡Dios mio!)

Carlos. — (¡Qué vida!)

And. — ¡Vamos, Pablo?

Pab. — Segun veo,
Es el único partido
Que nos queda.

And. — (Su silencio
Tan desdeñoso y helado . . .)

Pab. — ¡Es increíble, estupendo!
¡Dejarme por un poeta!

And. — Pablo, ¡buena la hemos hecho!

[*Se dirigen al fondo Andrés y Pablo; profundo abatimiento de Julia; variedad de sentimientos de Carlos y Magdalena.*]

CAE EL TELON.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto anterior.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, MAGDALENA.

Mag. — Sí, soy dichosa, es verdad;
Dichosa con la esperanza
Que me muestra en lontananza
Tan dulce felicidad.
Para el triste corazon
Por negra angustia oprimido,
Que tanto tiempo ha sufrido
La mas amarga afliccion;
Que ni consuelo esperaba,
Ni en la ventura creía,
Y resignado sufría
El dolor que lo minaba;

Es delicioso escuchar
De la esperanza el acento,
Que nos hace en un momento
Los pesares olvidar.

Julia.— Tienes razon, Magdalena;
Una esperanza es la vida.
¡Triste del alma oprimida
A quien su luz no enagena!

Mag.— Mas no pienses, prima mia,
Que lo que hoy experimento,
Es un loco sentimiento
De embriagadora alegría;

Es un goce indefinible,
Melancólico, sereno,
De suave tristeza lleno,
Misterioso y apacible;

Dulce como la impresion
Que en una noche estrellada,
Suave, tibia, perfumada,
Enagena el corazon,

Si nos vieno á embelesar
Con tierna melancolía,
La deliciosa armonia
De dulcísimo cantar

Julia.— Magdalena, si pudiera
Algo consolar la angustia
Del alma marchita y mustia
Que ya ni goza, ni espera;

Fuéra la dicha inocente
De tu alma pura y hermosa,
Cuya expresion deliciosa
Se extiende sobre tu frente

Sé feliz, hermana mia,
Tú que, tan jóven, tan pura,
Has probado la amargura
De la mas cruel agonía;

La lucha del corazon
Contra la razon helada,
Lucha atroz, desesperada,
Dó sucumbe la razon;

Pero mas hermoso día,
Hermana, á lo que parece,
Para tu dicha amanece,
Cumpliendo mi profecía.

¿Te ha confesado su amor?

Mag.— No, Julia; y temo, en verdad,
Sea mi felicidad
Solo pasajero error

Ha sido, es cierto, conmigo,
Tierno, atento, delicado;
El cariño me ha mostrado
Del mas afectuoso amigo.

Es cierto que en su expresion,
En su mirada, en su acento,
Se trasluce un sentimiento
Que embriaga mi corazon;

Pero nada mas; y yo,
Tal vez, ayer me mostré
Muy imprudente.

Julia.— ¿Por qué?

Mag.— Si por desgracia observó

Julia.— Pero

Mag.— Viéndolo angustiado,

Descaperearse y sufrir;

En su dolor, maldecir

Su destino infortunado;

Quise un consuelo buscar

A su terrible tortura;

Quise culmar su amargura,

Y solo supe llorar

Y luego pero, rubor

Me dá decirle

Julia.— ¿A mí?

Mag.— Y luego, prima, le dí,

Como un recuerdo, una flor.

Julia.— ¡Una flor! Pues es delito [*Sonriendo.*]

Espantoso.

Mag.— No te rias.

Julia.— ¡Si me dices niñerías!

(¡Cuánta fuerza necesito!)

¿Y él?

Mag.— Con la tierna expresion

Del mas puro sentimiento,

Al tomarla

Julia.— (¡Qué tormento!)

Mag.— La llevó á su corazon.

Julia.— (¡Ah!)

Mag.— Tal vez mi dicha es
Dulce ilusion encantada,
Que, mustia y despedazada,
Veré bien pronto á mis piés;
Tal vez, un sueño abrigando,
Viviendo de una quimera

Julia.— No; tu dicha es verdadera. [*Enjugándose los
ojos.*]

Mag.— Pero, Julia, ¡estás llorando!

Julia.— Déjame llorar; yo siento
Que me hace bien este llanto;
Déjame; ¡padezco tanto!
Él alivia mi tormento.

Perdona que en mi dolor
Deje este llanto correr,
Que viene triste á caer
Sobre tus sueños de amor.

Mag.— Te obstinas en ocultar
La pena que te devora;
Pero llora, hermana, llora,
Pues te consuela llorar.

Julia.— Perdóname.

Mag.— ¡Pobre prima!

Julia.— (¡Suerte bien cruel es la mía!)

Mag.— (Pareco que mi alegría
La entristece y la lastima:
Tal vez hasta mi presencia
Su alma desolada hiere,

Y quedar sola prefiere
Con su profunda dolencia.)

Me voy. [Levantándose.]

Julia.— (No puedo ¡ay de mí!
Vencerme.)

Mag.— ¡Julia!

Julia.— ¿Te vas?

Mag.— Vuelvo.

Julia.— (Comprende quizás . . .)

Mag.— (¿Qué la hace sufrir así?) [Se vá por la derecha.]

ESCENA SEGUNDA.

JULIA.

Ya no puedo resistir;
Su contento me hace mal;
A este suplicio infernal
Es preferible morir.

¿En dónde está la razon?
¿Dónde el severo deber?
Cansado de padecer
Ya no lucha el corazon.

Ya no puedo; he agotado
Mis fuerzas y mi valor;
Consume mi alma un dolor
Tenaz y desesperado:

Y aunque es preciso luchar,
Aunque es preciso vencer;
Tan solo sé padecer,
Tan solo puedo llorar.

Estoy de vivir cansada,
Ni paz, ni consuelo espero;
Fuerzas solamente quiero,
Para sufrir resignada.

Pero estoy loca ¡Dios mío!
Es necesario triunfar,
Es necesario olvidar
Mi funesto desvarío;

Y á las leyes del deber,
A la voz de la razón,
Es preciso, corazón,
Ahogarte y obedecer

ESCENA TERCERA.

JULIA.—CARLOS, (por el fondo.)

Carlos.— Julia

Julia.— (¡Ah!)

Carlos.— He interrumpido

La dulce meditacion
En que vuestro corazon
Se encontraba sumergido

Julia.— Carlos

Carlos.— Julia, perdonad;

Huir muy lejos debí;
Pero me ha arrastrado aquí
Mi negra fatalidad.

Sé que el hombre que os ha dado
El derecho de pensar,
Que es indigno de llevar
De amigo el nombre sagrado;

Os causa horror y disgusto,
Una impresion dolorosa,
Solo con su vida odiosa.

Julia.— (¡Ay Dios mio!) Sois injusto

Carlos.— ¡Oh! decidme la verdad,
No me la ocultéis; ¿por qué?
Julia, demasiado sé
Que no merezco piedad;

Mas ya que voy á partir

Julia.— ¿Vais á partir?

Carlos.— Escuchadme,
Y, á lo menos, perdonadme,
Para que pueda vivir.

Julia.— (¡Partir! ¡y no volveré
A verlo, cuando podría
Con una palabra mía!
Palabra que no diré.)

Carlos.— En vuestra alma pura y bella,

Llena de paz y contento,
Solo cabe un sentimiento
Puro y sereno como ella;
Y no puede comprender
El sufrimiento infernal
De una pasión criminal,
Luchando con el deber.

Julia.— ¡Ay! ¡no tiene compasión!

Carlos.— Es un dolor sordo, lento,
Un negro remordimiento
Que nos roe el corazón;
Son horas desesperadas
De tormentos y delirio,
De insostenible martirio,
Con llanto de hiel bañadas.

Julia.— ¡Carlos!

Carlos.— ¡Cuanto he padecido
Devorando mi dolor,
Luchando con ese amor,
Por mi desdicha nacido!
¡Ay! tuviérais compasión
Si pudiérais comprender
Que, á veces, temo perder,
Con las fuerzas, la razón. . .

Julia.— ¡Carlos! ¡Es mucho sufrir!

¡Y pensar que yo podría
Consolar esa agonía,
Que me está haciendo morir!
Y es preciso contener
El grito del corazón;

Y no tener compasion. . . .

¡Es implacable el deber!)

Carlos.— Ciertó es que jamás debió
El corazon conmovido
Exhalar ese gemido,
Que su dolor le arrancó.

Es cierto, sí, que debia
Ocultar que deliraba,
Que érais voz á quien amaba,
Que érais vos por quien moria.

Julia.— (¡Ah!)

Carlos.— ¡Porque os amo, es verdad;
Os amo, Julia, perdon. . . .
Desborda mi corazon,
Escuchadme, por piedad.

Julia.— ¡Carlos!

Carlos.— Perdon, otra vez. . . .

Julia.— (Miracabeza se extravió)

Carlos.— Perdon: de mi lucha impía,
Sed, Julia, un instante, juez;
Os amo con la pasion
Mas pura, mas ideal
Que encierra el alma inmortal,
Libre de humana impresion.

Os amo como al objeto
Del culto mas reverente;
Con adoracion ferviente,
Con el mas santo respeto.
Ni un pensamiento manchado
Con la mundanal flaqueza

Ha empañado la pureza
De mi amor inmaculado.

Es de la luz matinal
El trasparente fulgor,
Es de la cándida flor
El aroma virginal;

Es la ferviente oracion
Del alma pura y serena,
Que sube á los cielos llena
De su casta adoracion. . . .

¿Es un crimen este amor. . . ?
¡Gran Dios! ¡qué pálida estais!

Julia.— ¿Pálida? no sé. . .

Carlos.— Temblais

Julia.— No, Carlos, es un error.

Carlos.— Está vuestra mano fría. . . [*Tomándole una
mano, que Julia hace un ligero es-
fuerzo por retirarle.*]

¡No! dejádmela un momento.
Con el mas hondo tormento
Esta dicha compraría.

Julia ¿os ofende mi amor?
¿Me condenais á morir? . .
Ya no puedo resistir. . . .

Julia.— (Me anonada mi dolor. . . .
¡Ay Dios!)

Carlos.— ¿Acaso os espanta?
¿Considerais criminal
Este afecto celestial,
Esta pasion pura y santa?

¿Este cariño del cielo,
Que nada puede empañar,
Que puede purificar
Las miserias de este suelo?

¿Esta divina reunion
De dos almas castas, puras,
Que comprenden las dulzuras
De mas perfecta mansion?

¿Este cariño que encierra,
En su pureza infinita,
La felicidad bendita
Que hace un cielo de la tierra?

Julia; ¡yo os amo! ¡yo os amo! . . .
No tembleis así, por Dios,
Es la dicha de los dos
El amor en que me inflamo. . . .

Julia.— ¡La dicha! {*Con languidez apasionada.*}

Carlos.— La dicha, sí;
Porque este amor es la vida;
Dicha indecible, cumplida:
¿No la comprendéis así?
Nó, no tembleis; yo no os pido,
En cambio, el amor que siento,
Sino un solo pensamiento,
Sino un recuerdo querido. . . .

Julia.— (¡Ay!)

Carlos.— Partiré, si es preciso,
Lejos de vos á llorar;
Pero dejadme esperar
La dicha del paraíso. . . .

Julia.— ¡Por Dios. . . ! (¡Ay! en vano llamo
En mi auxilio la razon. . . .
No me vendas, corazon. . . .
¡Pero yo tambien le amo!)
¡Carlos! ¡Carlos!

Carlos.— En la hora
Del crepúsculo querida,
En que el alma conmovida
Se agita, recuerda y llora;
En esa hora bendita,
Melancólica, serena,
En que al alma toda llena
Una emocion infinita;
Hora de recogimiento,
De dulce meditacion,
Do se encierra el corazon
En un solo pensamiento;
Hora divina en que al ver,
En el vago azul del cielo,
Como rayo de consuelo,
Una estrella aparecer;
Soñamos con la mirada
Del objeto que adoramos,
Y el culto le dedicamos
De nuestra alma enagenada;
Recordad, Julia, un momento,
Mi cariño en esa hora;
Y al corazon que os adora
Consagrad un pensamiento.
¿Lo hareis?

Julia.— Sí ¡teneis razon!

Es imposible luchar;
Nadie puede sofocar
La voz de su corazón:
Nadie. . .

Carlos.— ¡Julia! ¡Julia!

Julia.— Y yo [*Con entusiasmo.*]

Siento, como vos, aquí
Que es el cielo amar así,
Que yo también. . . ¡Oh! no, no!

Carlos.— ¡Julia!

Julia.— Carlos. . . olvidad,
Por Dios, un delirio insano;
Ofendeis á vuestro hermano,
Profanais vuestra amistad.

Entre la voz del deber
Y la voz del corazón,
Es preciso á la razón
Imperiosa obedecer.

Y pues el deber ordena. . .

Carlos.— Julia ¡no teneis piedad!

Julia.— El cariño recordad
De la pobre Magdalena.

Carlos.— ¡Magdalena! ¡su cariño?
Acaso he pensado. . .

Julia.— (¡Lloral)

Carlos.— Me volveis loco, señora. . .

Julia.— (¡Dios eterno!)

Carlos.— ¡Soy un niño!

Julia.— Ella sufre por los dos. . . .
(¡Valor!) Tan bella, tan pura;
Os ama con tal ternura. . . .

Carlos.— ¡Oh! ¡callad, Julia, por Dios!
No os exijo ya piedad. . . .
Ya nada anhelo ni espero. . . .
(¡Ay! morir, tan solo, quiero!)
Pero, á lo menos, callad.
No me tortureis así;
Que vacila mi razon. . . .

Julia.— ¡Carlos!

Carlos.— Tened compasion. . . .

Julia.— ¡Vos no la teneis de mí! [*Levantándose precipitadamente, vase por la derecha.*]

ESCENA CUARTA.

CARLOS.—[*Después de un momento de silencio.*]

¡Julia! . . . Tiene razon; es un delirio,
Una ilusion del corazon ardiente. . . .
Aunque sucumba á mi tenaz martirio
Es necesario combatir, valiente.

Dulce sueño de amor, blando y querido,
¿Por qué el alma abatida deslumbraste;
Si al punto, por mi mal, desvanecido,
Llanto y dolor al corazon dejaste?

Y es preciso partir; partir llevando
Este amargo dolor dentro del alma,
Mi sufrimiento horrible devorando,
Sin esperanza de consuelo y calma,

¡Es preciso partir! Ir lejos de ella,
Nunca volverla á ver, ¡nunca, Dios mío!
Porque mi firme voluntad se estrella
Contra el muro de ardiente desvarío.

¡No verla ya! ¡pensar que en su mirada
Tan pura, tan serena y trasparente,
No irá á buscar el alma apasionada
De inmensa dicha, inagotable fuente!

¡Nunca volverla á ver! Es imposible . . .
¿Do iré con este amor que me devora;
Con este amor inmenso, inextinguible,
Tormento y luz del alma que la adora?

Es preciso acabar: la lucha es vana;
Ya sin aliento, el corazón cansado,
Dejó escapar, de su pasión insana,
El grito de dolor desesperado.

¿Debí turbar con mi atrevido acento
La paz de su alma, cándida y hermosa;
Y la sombra arrojar de un sufrimiento,
De su vida, en la senda luminosa?

Es que en el corazón ya no cabía,
De esta pasión la abrasadora llama;
Es que morir de dolor podía,
Antes que ahogar el fuego que me inflama.

¡Voy á partir! voy á partir, dejando
Estos lugares, de mi amor testigos;
Los objetos, por siempre abandonando,
Del triste corazon, mudos amigos.

Aquí apoyó su frente candorosa,
Aquí su mano bella colocaba;
Aquí su voz, divina y armoniosa,
Al cielo mismo embriagadora alzaba!

[*Sacando del seno una flor.*]

Flor de recuerdos, deshojada y mustia,
Prenda de amor que me consuelas tanto;
Tú sola quedas á calmar mi angustia,
Y á recoger mi silencioso llanto.

Julia ¡por siempre adios! Odio la vida;
Ya nada el alma desolada espera;
No exijo en mi postrera despedida,
Ni un pensamiento de dolor, siquiera

ESCENA QUINTA.

CARLOS — MAGDALENA. [Le sale al encuentro después
de haber oído sus últimas palabras.]

Mag. — ¿A dónde vais?

Carlos. — (¡Ay de mí!)

Mag. — ¿Vais á partir?

Carlos. — Perdonad

Mag.— Carlos, ¡es mucha crueldad

Querer dejarnos así!

De atroz dolor ignorado

La aterradora violencia,

Os hace de la existencia

Maldecir desesperado;

Y sin querer dirigir

Una mirada hácia atrás,

Para no volver jamás,

Quereis al punto partir.

¡Haceis bien! No hay, á fé mia,

En el mundo un corazon [Con amargura.]

Que sienta vuestra afliccion,

Que llore vuestra agonía

Carlos.— ¡Magdalena!

Mag.— No debiera

Sin duda, Carlos, quejarme

De que partiérais sin darme

La despedida postrera;

¡Qué os importa? ¡Soy tan poco

Para vos!

Carlos.— ¡Amiga mia!

Mag.— Tan poco, que no debia

Carlos.— Magdalena, es que estoy loco.

Es que tanto he padecido,

Que se ha agotado mi aliento;

Que ya sin fuerzas me siento

Anonadado y vencido.

Cuanto puede concebir

De honda desesperacion

El humano corazon,
Lo acabo yo de sentir.

Solo encuentro en mi camino
Los abrojos del dolor,
Me abate el crudo rigor
De mi implacable destino;
Y la resistencia humana
Se agota al fin, Magdalena,
Si la suerte nos condena
A una lucha eterna y vana.

Mag.— ¡Oh! no, Carlos, no debeis
Dejaros así abatir
Por penas, que combatir,
Como valiente, podeis.

Vos sois hombre, vos sois fuerte,
Teneis el mundo delante,
Debeis luchar arrogante,
Vencer la contraria suerte,

Carlos.— ¡Vencer! ¡luchar! No sabeis
Que hay sentimientos terribles,
Poderosos, invencibles,
Vos que en el triunfo creéis

¡Vencer la suerte contraria,
Cuando os dice la razon,
Que es una odiosa traicion
Pretension tan temeraria!

¡Lucha extraña, en que es morir
El sucumbir, ó el vencer!
¡Dó triunfar es padecer,
Y vencer es sucumbir!

Magdalena, ya no puedo;
Estoy de vivir cansado,
El corazon extraviado
Se tiene á sí mismo miedo

Pienso en morir como el medio
Unico de salvacion,
Que le queda al corazon
Contra males sin remedio.

Mag.— ¡Morir!

Carlos.— No temais; no iré
Nunca esa muerte á buscar;
El dolor la sabe dar.

Mag.— (Y yo tambien moriré.)

¡Carlos! ¡Carlos!

Carlos.— ¡Pobre flor!
¡Que lastimo sin querer!

Mag.— (¡Ay! yo temo comprender
La causa de su dolor!)

Así, el sentimiento santo
De amistad pura y sincera,
No conseguirá, siquiera,
Aliviar vuestro quebranto:

Y sintiendo el corazon
Llenó del mas vivo anhelo,
De daros algun consuelo
En vuestra amarga afliccion,

Me tengo que resignar
En mi profunda impotencia,

A lamentar la dolencia
Que no me es dado calmar.

¡Dolorosa situación!

Carlos.

Carlos.— Mi triste destino
Siembra solo en mi camino,
Llanto y desesperacion

¡Qué extraña fatalidad,
Para haceros padecer,
Hizo en vuestra alma nacer
Tan viva y tierna amistad?

Qué hay de comun entre vos,
Pura y cándida azucena,
Y un infeliz . . . ¡Magdalena,
Aborrecedme, por Dios!

Mag.— ¡Siempre ingrato!

Carlos.— Perdonad

Mag.— No os es dado comprender
Nunca

Carlos.— Os hago padecer,
Os lastimo, ¿no es verdad?

Mag.— No, Carlos: me desconsuelo,
Al ver que en mi desvarío
¡Qué soy para vos! ¡Dios mío!

Carlos.— Un ángel puro del cielo.

El corazón afectuoso
Que toma parte en mi pena,
El alma sensible, llena
De un cariño generoso.

Sois la amiga verdadera
Que sufre con mi quebranto,
Y que recoge mi llanto
En su alma tierna y sincera.

Mag.— ¡Carlos!

Carlos.— De mi duelo amargo,
El dulce alivio habeis sido,
Conmigo habeis padecido . . .

Mag.— ¡Quereis partir, sin embargo!

Nos quereis abandonar;
Quereis, por siempre, partir,
Lejos de nosotros ir
Otro consuelo á buscar.

¿No os volverémos á ver,
Carlos?

Carlos.— (Está conmovida . . .)

Mag.— ¡Ay! me mata esta partida.)

Carlos.— ¡Cuánto la hago padecer!

No partiré.

Mag.— ¿Y es verdad?

Carlos.— ¡Pobre niña! No debía

Engañarla; mas sería

Confesárselo crueldad.)

Mag.— ¡No partais! ¿Dónde hallaréis

Una amistad mas sincera,

Un cariño que pudiera

Compensar los que perdeis?

Gonzalo, Julia . . .

Carlos.— (¡Dios mio!)

Mag.— Sin hablar de mí. (Tembló,

Cuando su nombre escuchó:

¿No era, pues, un desvarío?)

No partais.

Carlos.— No partiré,

No os inquieteis (¡Ay de mí!

Preciso es huir de aquí,

Preciso, ó me venderé)

Adios.

Mag.— ¿Os vaís?

Carlos.— No lloreis,

Magdalena, me haceis mal.

Mag.— No lloro.

Carlos.— (¡Suerte fatal!)

Mag.— ¡Decidme que volveréis!

Carlos.— Sí; no lo debéis dudar,

No debéis (¿Qué le diré?)

Magdalena, volveré

No quiero veros llorar.

Mag.— Adios, no os detengo ya

Carlos.— Adios, Magdalena, adios;

Decidme que al menos vos,

No olvidaréis

Mag.— (¡Partirá!)

Carlos.— Magdalena, amiga mía,

Angel divino del cielo,

Que compadeccis mi duelo,

Que sufrís con mi agonía;

No de ingrato me acuséis

Si, en mi desesperacion,

Os hago sufrir; perdon

Decid ¿me perdonaréis?

Mag.— ¡Carlos!

Carlos.— (Sufrimos los dos:

Acabemos.)

Mag.— (¡Va á partir!)

Carlos.— ¡Adios!

Mag.— (Me siento morir.)

¡Carlos!

Carlos.— ¡Magdalena, adios! [*Vase.*]

ESCENA SEXTA.

MAGDALENA.

¡Ha partido para siempre!
¡Para siempre! lo he sentido;
El corazon dolorido
Lo comprende, á su pesar:
Partió llevándose el sueño
De dicha que me embriagaba
El dolor me sofocaba;
Ya puedo al menos llorar.
¡No verle mas, cuando le amo
Con la mas santa ternura!
¡No verle! tan cruel tortura
Me faltaba que sufrir.

¡No verle mas! No es posible
Resistir este tormento
Tan horrible pensamiento
Me hace de angustia morir

Y hay un dolor, tan terrible,
Como esa horrible partida,
Que envenena la honda herida
De mi pobre corazon.

Un rayo de luz que alumbra
Con siniestros resplandores;
Un abismo de dolores,
Do se pierde mi razon.

Es la horrorosa sospecha
De una pasion que me espanta,
Y en mi corazon levanta
La tormenta del dolor.

¡Julia! ¡Julia! ¡Es imposible!
¿Pero él la ama? ¡Dios mio!
¡Oh! no, no, yo desvario. . . .
¡Ay! es mi muerte este amor.

ESCENA SEPTIMA.

MAGDALENA.—GONZALO.

Gonz.—¿Por qué lloras?

Mag.— (¡Ay de mí!)

Gonz.—¿Por qué lloras, Magdalena?

¿Que tienes? Vamos, serena
Tu emocion; ¿qué tienes? di.

Mag.— Nada.

Gonz.— Cruel contestacion
A un esposo y un hermano,
Que pregunta, siempre en vano,
La causa de una afliccion.

Mag.— Perdona. . . .

Gonz.— Siempre has tenido
Entera confianza en mí;
Creo que nunca, hasta aquí,
Desmerecerla he podido.

Mag.— (¡Ah!)

Gonz.— Que el carácter jovial
De tu prima intimidara
Tu confianza y te obligara
A disimular tu mal,
Se concibe, pero yo,
Yo, que siempre he respetado
Tu corazon delicado,
¿Te inspiro temor?

Mag.— ¡Oh! no. . . .

Pero. . . .

Gonz.— ¿He sido para tí
Como un hermano afectuoso,
Que tu dicha y tu reposo
Ha anhelado siempre?

Mag.— Sí.

Gonz.— ¿Entonces por qué negar?

Mag.— Primo, me causa rubor. . . .

Gonz.— ¡Son, pues, dolores de amor?
Vamos, no debes llorar.

Seca esas perlas; no debe
Tu tierno llanto correr
Por quien te hace padecer
Y á lastimarte se atreve. . . .

¡Sufrir tú, mi dulce prima,
Tú tan buena é inocente!
¿Cuál es la pena inclemente
Que tu corazon lastima?

Mag.— Nada. . . . es una nifiería.

Gonz.— Entonces voy á reñirte:
No debes nunca afligirte
Por niñadas, prima mia.

Si hay en el mundo, querida,
Abrojos desgarradores,
No arrojes hiel en las flores
Con que te brinda la vida.

No sienta bien á tu frente,
Tan candorosa y serena,
La sombra oscura de pena
Que la envuelve tristemente. . . .

Mag.— (Me estoy ahogando ¡Dios mio!
No puedo llorar siquiera.)

Gonz.— No juzgues una quimera
Eterno dolor impío.

El sencillo corazon
Que no ha sufrido jamás,
Busca en un sueño, quizás,
Un motivo de afliccion;

Y se forja un sufrimiento,
Un fantasma de dolor,
De una sombra, de un error
Ligero.

Mag.— (No sé qué siento.)

Gonz.— Vamos no llores así;
Tu amarga aficcion derrama
En mi corazon, que te ama. . . .
¿Qué tienes, hermana? dí.

Mag.— Gonzalo, padezco mucho. . . .
Si supieras. . . .

Gonz.— No lo sé,
Pero pronto lo sabré
Si me lo dices; ya escucho. . . .

Mag.— Primo. . . .

Gonz.— Bien atento estoy. . . .

Mag.— (¿Qué decir?) Oigo ruido
De pasos ¿no lo has oído?

Gonz.— Sí.

Mag.— Viene gente; me voy. { *Vase por la derecha.* }

ESCENA OCTAVA.

GONZALO, PABLO, ANDRES. (Por el fondo.)

And.— Vamos, hombre.

Pab.— No me atrevo.

And.— ¡Vaya una salida necia!

Pab.— No me atrevo.

And.— Eres un mandria;

Si en tu lugar estuviera
Te aseguro, por mi vida,
No me mordía la lengua.

Pab.— Eso vá en genios; yo soy
Corto por naturaleza.

Gonz.— ¿De qué se trata?

And.— Habla, Pablo.

Pab.— Se trata. . . .

And.— Vamos, empieza.

Pab.— De asunto importante y grave,
Que exige atencion extrema
De vuestra parte.

Gonz.— Ya escucho

Atentamente.

Pab.— Quisiera. . . .

(Estar bien lejos; que tiene
Hoy una cara muy seria
Este diablo de hombre.)

And.— Vamos. [A Pablo.]

Pab.— Pues señor, aunque yo sea
Rico, ya sabeis. . . .

And.— Al grano.

Pab.— Y me permiten mis rentas
Pretender. . . .

Gonz.— Pero ¿qué dice?

Pab.— El amor es una inmensa
Fuente de dicha y dolores,
Y de. . . y de. . . Pues ¡hago buena. . . !
No sé lo que estoy diciendo.)

Ello sí, la niña es bella,
Bien educada, juiciosa. . . .

Gonz.— Pero á todo esto. . . .

Pab.— Modesta,

Llena de gracia y virtudes. . . .

And.— Apurarás la paciencia [A *Pablo*.]

No de un santo, no, que es poco,
Sino de media docena.

Sabréis, pues, que se reduce [A *Gonzalo*.]

Su ininteligible gerga,

A pedir humildemente,

Sujetándose á las reglas

Estrictas, la blanca mano

De la hermosa Magdalena.

Gonz.— ¡Hombre!

Pab.— Andrés, deja que yo hable. . . .

And.— No me gustaba que hicieras

Un papel tan desairado,

Y tan. . . .

Pab.— Puesto que ya es fuerza

Hablar, Gonzalo, os confieso

Que una pasión viva, eterna,

Me inspira la bella prima

De vuestra esposa.

Gonz.— Pero ella. . . .

Pab.— Soy joven, bien parecido,

No soy tonto. . . .

Gonz.— (¡Qué modestia!)

Pab.— De costumbres arregladas,

Porque odio á los calaveras. . . .

Andrés, no es por ofenderte.

And.— Muchas gracias.

Pab.— Tengo buena

Salud y soy económico,
Que es la cualidad primera
De un hombre sensato; soy
Muy buen cristiano, que es prenda
Muy escasa en estos tiempos
De heregía; tengo rentas
Suficientes con que hacer
La ventura de cualquiera
Muger, bastante juiciosa
Y sensata, que comprenda,
Que es la cualidad mas noble
Y atractiva, la riqueza.
Mi muger tendrá carruaje,
Ricos trages, buena mesa,
Bellos adornos y todas
Las diversiones honestas,
Que no perjudiquen nunca
Su candor y su inocencia. . . .
A los bailes, por ejemplo,
No irá jamás, que es agena
Diversión de una muger
Recatada y circunspecta:
Al teatro, ¡Dios me libre!
¡Dios me libre! Corrompiera
El corazon mas sencillo
Esa diversion funesta,
Inmoral. . .

Gonz.— Pero....

Pab.— Concluyo. . .

Os pido hoy, en toda regla,
La mano de vuestra prima. . .

Gonz.— No dudo que ella supiera
Estimar, como yo lo hago,
Vuestras apreciables prendas;
Pero desgraciadamente
Para vos y para ella,
Llegais tarde. . .

Pab.— ¡Qué quereis

Decir con. . . ?

Gonz.— Que Magdalena
Es amada, y corresponde
A ese amor con la mas tierna
Pasion.

Pab.— ¡Por santa María!

And.— ¡Vaya un chasco!

Pab.— ¡Y no pudiera
Saberse, por dicha, el nombre
Del feliz mortal, que trueca
En dolor mis esperanzas,
Dueño de la pura perla
De su amor?

Gonz.— Vedlo, aquí viene. (*Señalando á*

Pab.— ¡Carlos! (*Carlos.*)

And.— ¡Carlos!

Pab.— (¡Un poeta!)

ESCENA NOVENA.

Dichos.—CARLOS, [Por el fondo.]

Carlos.—(No he podido decidirme,
¡Ay! á alejarme sin verla.)

Gonz.—Te presento, amigo mio, [A *Carlos.*]
A tu rival.

Pab.— Yo quisiera [A *Andrés.*]
Que me hubieras evitado
El desaire y la vergüenza
De dar semejante paso

And.— Pero, hombre, ¡por Dios! no seas
Injusto; yo no podía
Figurarme que tuviera
Un resultado tan triste
Pretension tan justa y recta.

Carlos.—¡Pedirte su mano!

Gonz.— Sí.

Carlos.—Hombre, es audacia tremenda,
Inaudita.

Gonz.— Pero, dime,
¿Qué le has hecho?

Carlos.— ¿A quién?

Gonz.— A ella,
A mi prima, que lloraba
Tanto.

Carlos.— (¡Pobre Magdalena!)

Pab.— ¡Exponerme á tal bochorno, [*A Andrés.*]
A tal desaire!

And.— Si era

Preciso, si no podia
Ser de otro modo

Pab.— ¡Qué flemma!

And.— ¿Querías que te dejara
Con tu relacion eterna,
Ensartando desatinos
Sin temor y sin conciencia?

Gonz.— Te ama, no puedo dudarle; [*A Carlos.*]
Es demasiado sincera,
Demasiado candorosa
Para fingir.

And.— Tu torpeza [*A Pablo.*]
Tiene la culpa de todo

Pab.— No, por cierto; tu imprudencia;
¡Tomar luego la palabra!
¡Soy un niño de andaderas?

Gonz.— Acaba de irse ahora [*A Carlos.*]
En triste llanto deshecha,
Negándose á confesarme
El motivo de su pena,
Motivo que, me parece,
Le viene de tí.

Carlos.— No creas

Gonz.— Las mujeres son injustas,
A veces, una quimera
Se forjan de una palabra,
Y lloran, y se atormentan:

Magdalena, sobre todo,
Es flor delicada y tierna,
Que lastima una mirada,
Una palabra severa.

No la hagas sufrir; no debe
Del sufrimiento la huella,
Empañar el dulce brillo
De una vida que comienza

Carlos. — (¡Pobre mujer, que me ama [*Retirándose a*
Y padece! Yo debiera] *una extremidad.*]

Pab. — No he de consolarme nunca [*A Andrés.*]
De ese desaire, que prueba
Su mal gusto.

And. — Por lo mismo,
¿Quién llora y se desespera
Por una mujer que tiene
Trastornada la cabeza?

Carlos. — (El sacrificio es terrible,
¿Acaso tendré la fuerza
De cumplirlo?)

Gonz. — Siento mucho [*A Pablo.*]
Haber os causado pena,
Pero era preciso.

And. — Cierto.

Pab. — No tengo la menor queja
De vos.

Carlos. — (¡Valor!) Sí, la amo; [*A Gonzalo.*]
Y ha nacido mi reserva
Del temor de que mi afecto,

Correspondido no fuera

Pero ahora

Gonz.— Hoy que te hallas

Satisfecho, lo confiesas.

Carlos.—(¡Animo, sí! Yo no puedo

Ser ya feliz; que lo sea,

Al menos, esa criatura,

Tan inocente y tan buena

En medio de los dolores

Del alma, pedazos hecha,

Sentiré el triste consuelo

De hacerla feliz, siquiera:

Que no comprenda que ha sido

Un sacrificio la ofrenda

De un corazón que palpita

Por otra mujer ¡Ay! ¡ella!) [*Observando*

Pab.— Vamos, Andrés. [*á Julia.*]

And.— Pero

Pab.— Vamos:

No quiero volver á verla.

And.— Pero escucha

Pab.— ¡Por ese hombre! [*Sale precipitadamente.*]

And.— ¡Ha perdido la cabeza! [*Siguiéndolo.*]

ESCENA ULTIMA.

GONZALO, CARLOS, JULIA, MAGDALENA. [Por la derecha. Aparece Magdalena con los brazos echados al cuello de Julia, y la cabeza reclinada en su hombro.]

Julia.— Carlos, si habeis afligido
Este tierno corazon,
Venid á pedir perdon
Confuso y arrepentido.
Este llanto de dolor,
Que habeis hecho derramar,
Os es fácil enjugar
Con nn acento de amor.

Carlos.— ¡Julia! ¡Julia! por piedad [Bajo á Julia.]
No exijais ¡Oh! no podria.

Julia.— Carlos, ella moriria [Bajo á Carlos.]
No tendreis esa crueldad.

Carlos.— Magdalena, si he podido [Pasando al lado
Lastimaros, no lo sé, de Magdalena.]
Una palabra empené,
Y esa palabra he cumplido.
Vos que, al saber mi partida,

Julia.— (¡Ah!)

Carlos.— Me disteis desolada,
En tierno llanto bañada,
La postrera despedida;
Vos, que exigisteis de mí

Julia.— (¡Ay! desfallecer me sienta.) [Dejándose caer
desplomada en un sillón.]

Carlos.—El solemne juramento
De permanecer aquí;
Tan solo experimentais
Desagrado y malestar
Al verme; os hago llorar

Mag.— No, Carlos, os engañais.

Carlos.— Magdalena

Mag.— La impresion
Deliciosa que sentí
Al encontraros aquí,
Me causó tal turbacion,
Que una palabra, siquiera,
No supo el labio encontrar
Con que poder expresar
Lo que el corazon sintiera:
Sois mi amigo verdadero

Carlos.—Y ¿nada mas?

Julia.— (¡Qué agonía!)

Gonz.— ¿Te sientes mal, Julia mía? [*Acercándosele.*]

Julia.— ¡Oh! no, Gonzalo. (¡Me muero!)

Carlos.— Magdalena, ¿no soy mas
Que un amigo para vos?

Mag.— ¡Carlos!

Carlos.— ¿Nada mas?

Mag.— (¡Ay Dios!)

Gonz.— Julia ¡cuán pálida estás! [*A Julia.*]

Carlos.— Os amo, ¿por qué bajais
Los ojos? os amo, sí.

Mag.— ¿Vos, Carlos, vos? ¡Ay de mí!

¡Es imposible!

Carlos.— ¿Dudais?

Mag.— Yo

Carlos.— Vuestra viva emocion

Me hace á veces esperar

(Es necesario acabar.)

Julia.— (Ten ánimo, corazón.)

Carlos.— Magdalena, ¿no me amais?

Decid, no os ruboriceis.

Mag.— Carlos, si ya lo sabeis

¿Por qué me lo preguntais!

Carlos.— ¿Magdalena! (Yo la haré

Feliz, lo juro ante Dios.)

Mi dulce amiga [*Acercándose á Julia.*]

Julia.— (¡Ay!)

Carlos.— A vos

Mi ventura deberé.

Julia.— (¡Ay!)

Gonz.— Estás temblando.

Julia.— No.

Carlos.— ¿Qué teneis?

Julia.— (¡Cumplido está!)

Carlos.— Os he obedecido yá. [*Bajo á Julia.*]

Julia.— ¡Gracias! [*Id.*]

Carlos.— ¿Cuánto sufro! [*Id.*]

Julia.— (¿Y yo?)

Mag.— (¡Ay! A la dicha tan pura

Que mi corazón embriaga,

Se mezcla la sombra vaga

De incomprensible amargura

¿Es inquietud al mirar

La palidez de mi prima?

¿Es que el corazón lastima . . . ?

¡Oh! no, no quiero dudar.)

Julia.— ¡Magdalena!

Mag.— ¡Prima mía! [*Acercándose.*]

Julia.— Eres feliz ¿no es verdad?

Mag.— ¡Oh! sí.

Gonz.— Tu felicidad

Llena mi alma de alegría.

Mag.— Primo . . .

Julia.— Magdalena, ven.

Carlos.— (Está trémula y turbada.)

Gonz.— ¿Te sientes mejor? [*A Julia.*]

Julia.— No es nada.

Mag.— ¿Cierto?

Julia.— Me siento muy bien.

Carlos.— (Ángeles de mi ilusión,

Consuelo de mis dolores,

Las dos adoradas flores

De mi triste corazón.

¡Flor de recuerdo, encerrada [*Viendo á Julia.*]

En el alma dolorida!

¡Flor de esperanza querida, [*Viendo á Magdalena.*]

Con triste llanto regada.

Julia.— ¡Gonzalo!

Gonz.— ¿Sufres?

Julia.— No, á fé:

Inunda mi corazón

La deliciosa emoción . . .

¿Yo padecer? No; ¿por qué?

Gonz.— Has recobrado el color.

Mag.— Estás animada.

Julia.— Sí.

Es que me siento (¡Ay de mí!)

Muy venturosa. (¡Valor!)

Carlos.— Magdalena . . .

Julia.— Amadla bien.

Sed muy dichosos.

Carlos.— (¡Gran Dios!)

Julia.— (¡Cuánto padezco! . . .) Y los dos

Amadme un poco, también.

Carlos.— ¡Julia!

Mag.— ¡Julia!

Julia.— (Siento un frío . . .)

Gonz.— Estás helada.

Mag.— Es verdad.

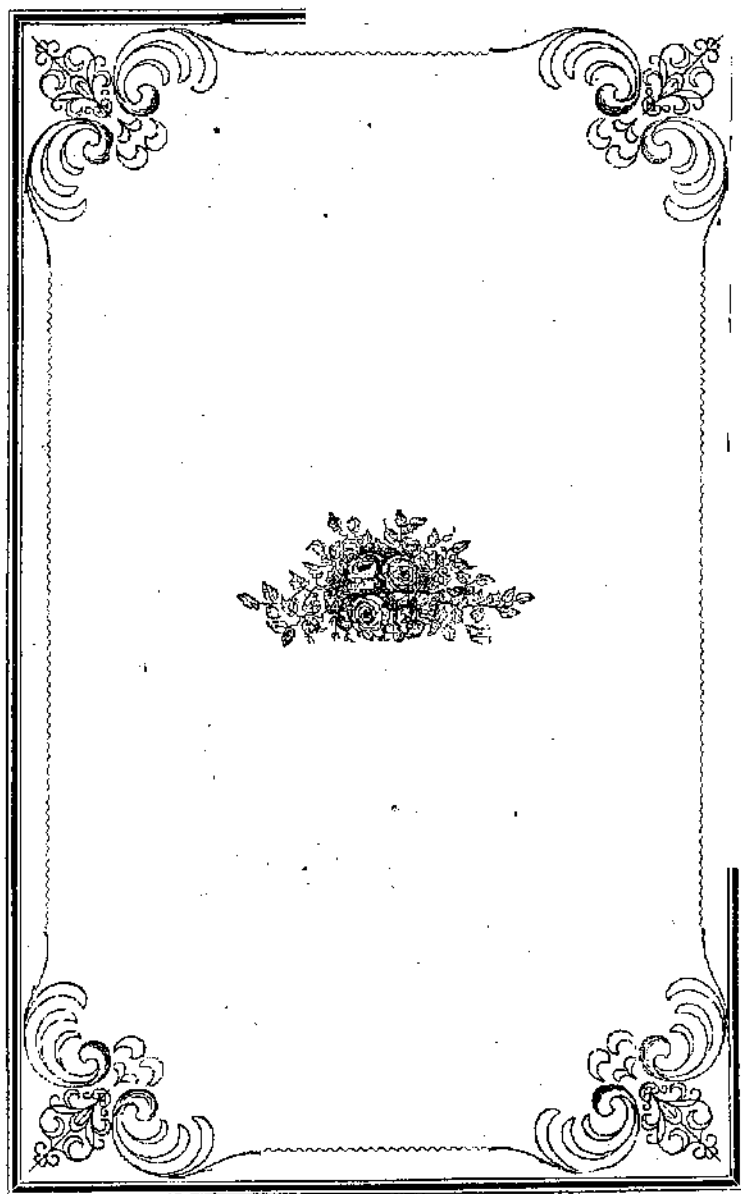
Julia.— Pero es la felicidad [Sonriendo con
amargura.]

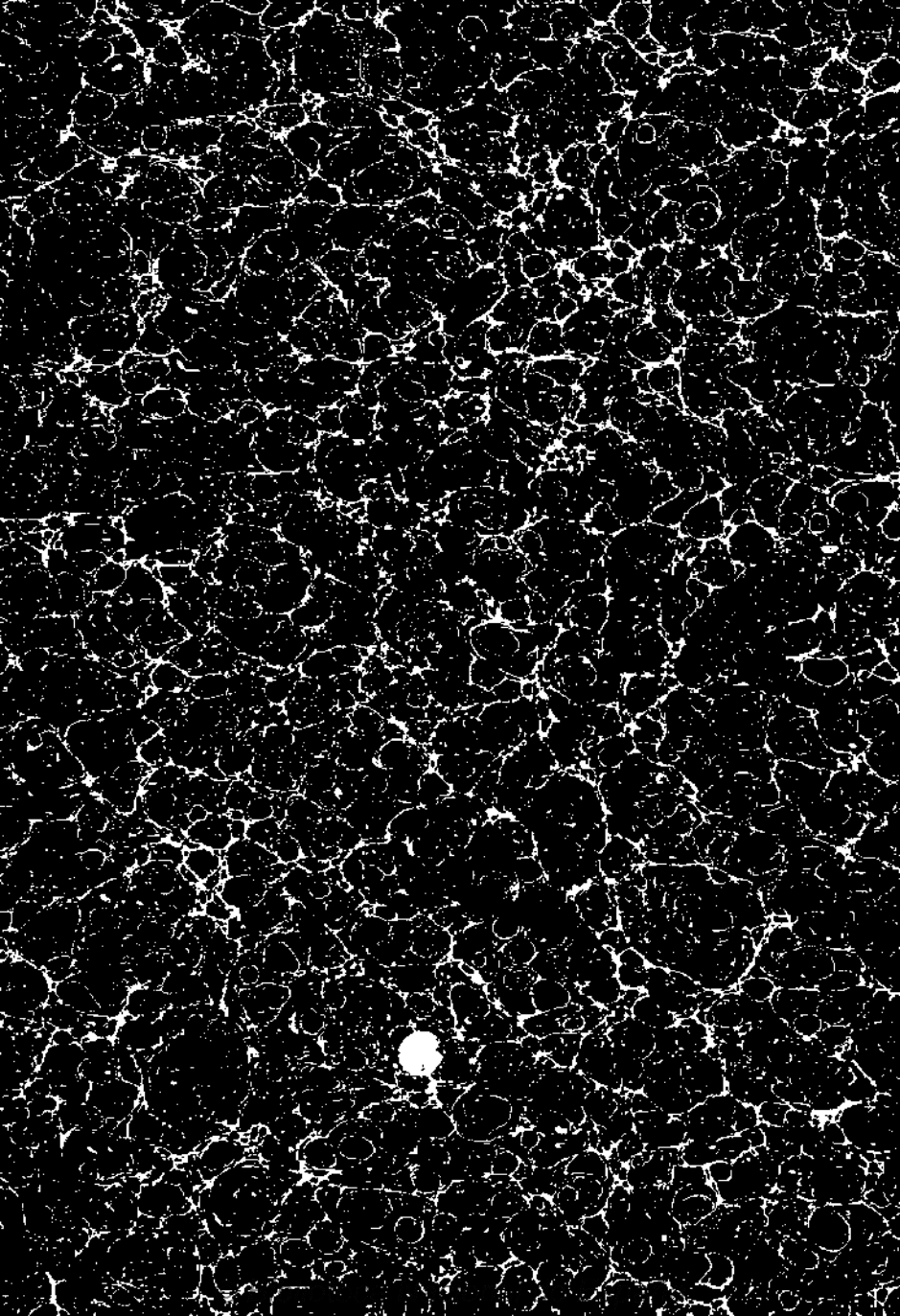
¡Gonzalo! ¡Gonzalo mío! [Echando los brazos
al cuello de Gonzalo.]

CAE EL TELON.

FIN DEL DRAMA.









1002190457

38560115385601153

